AYER Y HOY

N.º 54

Julio - Agosto 1956

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA

Edita:

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS "ESTILO"

Director:

CLEMENTE PALENCIA FLORES

Escriben:

GREGORIO MARAÑÓN POSADILLO: "El Toledo del Greco"
CLEMENTE PALENCIA FLORES: "Diálogo junto al camino"
J. DURO, J. A. EGEA, J. M.ª GÁLVEZ: Pagina de Poesía.
GUILLERMO TÉLLEZ GONZÁLEZ: "Con el caballete a cuesta"
FRANCISCO ZARCO MORENO: "Los últimos mágicos"
FERNANDO ESPEJO GARCÍA: "Vis metus, dolus"
JUAN ANTONIO VILLACAÑAS: "Toledo de España"
R. B. F.: "A Camille Cianfarra no le gustaba España"
GONZALO PAYO SUBIZA: "El oficio de estudiar"
ANGEL RODRÍGUEZ-VALDÉS: "Santander"

Dibujan:

NUESTRA PORTADA: "Plaza del Ayuntamiento. - 1953". —Por M. PINTADO
J. J. PEÑALOSA - J. PEDRAZA - C. GUERRERO MALAGÓN - M. GARCÍA

Fotografía:

CÉSAR PÉREZ SÁNCHEZ

Imprime:

RAFAEL GÓMEZ MENOR

Redacción:

ALFONSO XII, núm. 9
TOLEDO

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956

AYER Y HOY

AÑO IX • TOLEDO, JULIO-AGOSTO 1956 • NUM. 54

EL TOLEDO DEL GRECO

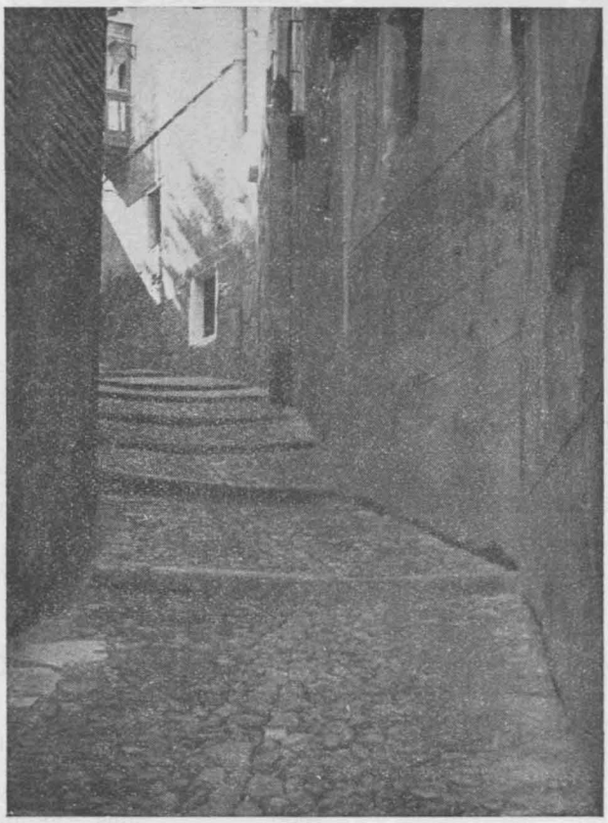
Por el Dr. D. GREGORIO MARAÑÓN

(Fragmento del discurso de recepción que fué leído por su autor el día de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes —20 de Mayo de 1956—, y que constituye un anticipo del libro de pronta aparición que llevará el mismo título).

V

Requiere algunos comentarios más la génesis de las imágenes irreales del pintor de Creta. De las hipótesis que se han traído y llevado para explicarla, se ha desechado ya la que en otro tiempo tuvo mucha boga, la del astigmatismo miópico, que crearon, no los médicos, sino los críticos: el primero Justi. Los médicos —Goldschmidt, García del Mazo y sobre todo Beritens— acogieron ávidamente la indicación de los críticos para explayarse en un cientificismo doctrinal. Es curiosa la sugestión que ejerce la Medicina en los tiempos modernos, sugestión de mito sobre tribus primarias. Los papeles del doctor Beritens (cierto que denunciaban a un hombre inteligente y a un hábil escritor) tuvieron una resonancia universal, rara de lograr al otro lado de la frontera por los pensadores españoles. No hay que decir que la hipótesis del astigmatismo no tiene valor alguno porque, además de otras razones de pura óptica, no se trata, en los santos del Greco, de meras deformaciones morfológicas, sino de un expresionismo que, por razones rigurosamente espirituales, tradujo el Greco en una representación dinámica, en una vibración alargada de las figuras celestes, en lo que pudiera llamarse una «pintura ascensionista» y no en un simple alargamiento estético de estas figuras.

Más interés tiene la hipótesis de la locura. A la locura hay que tratarla con mucha consideración y sabiendo bien lo que vamos a decir. El hombre medio considera como tipo normal, en la conducta y en el pensamiento, al que se ajusta a unas pautas determinadas, creadas por un convenio tácito, refrendado por leyes y reglamentos que se fundan en la elemental consideración de que son así la mayoría de los ciudadanos que viven sin alborotos ni rebeldías. Y, en efecto, puede admitirse que estos seres grises representan el centro de la normalidad. Pero los límites de la normalidad no terminan donde terminan ellos, sino mucho más allá. Por de pronto, sin un poco de lo que oficialmente se llama locura, la humanidad se estancaría en unas pocas generaciones. Hay, por fortuna, en todas las épocas y lugares, personalidades humanas que flanquean el gran ejército, mentalmente uniformado y disciplinado, de los normales. Estas personalidades fuera de la rutina se mueven ya en una zona equívoca porque como no obedecen a las normas previstas, insensiblemente se continúan con la humanidad que ya no es oficialmente normal, esto es, con la tocada de locura o de conducta antisocial. En esta zona equívoca están los grandes santos y los grandes creadores, y es inevitable que, desde la otra acera, se les juzgue como grandes extravagantes, inquietos e insensatos.



Toledo, para el Greco, fué siempre Sinaí

G. MARAÑÓN

Mas, en realidad, sólo los juzgan así los pedantes, los puritanos de la ciencia o de la moral. El pueblo, en cambio, tiene varias y exactas expresiones para designar estos estados que parecen locuras y, estrictamente, no lo son. Cuando las gentes dicen que alguien «está fuera de sí» o que «desatina» o que «está enajenado», no quieren significar que está loco, sino que actúa fuera de la normalidad habitual por el impulso de una pasión. «Locura», en todos estos casos, significa sólo *un grado extremo de la pasión normal*. Santa Teresa, a la que no pocos médicos han pretendido puerilmente diagnosticar de diversas neurosis o psicopatías, es un ejemplo de la pasión extremada de un alma excelsa llevada hasta la apariencia de locura; y ella misma lo explica muchas veces, por ejemplo: cuando hablando del tercer grado de la oración, escribe con inefable pluma: «Yo no sé otros términos como decirlo ni como declararlo, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque no sabe si habla ni si calla ni si ríe ni si llora. Es un glorioso desatino, una celestial locura en donde se aprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma». No cabe definir mejor a «la razón de la sinrazón» del misticismo que con esta fórmula teresiana: «es una celestial locura en donde se aprende la verdadera sabiduría».

No tenían este sentido superlativo de la locura los comentarios de extravagancia que desde muy el comienzo inspiró a los academicistas, casi todos cristianos viejos, la personalidad del Greco. Esta extravagancia, de la que Palomino y Jusepe Martínez acusan al gran pintor, lleva envuelta, en su acento despectivo, una sospecha de locura verdadera. Pero como ya he indicado y Cossío vió certeramente, fueron los románticos, a partir de Gautier, los que hicieron el diagnóstico explícito de *fou de génie* de Domenico.

Luego vinieron los diagnósticos de los psiquíatras con rótulos temerosos

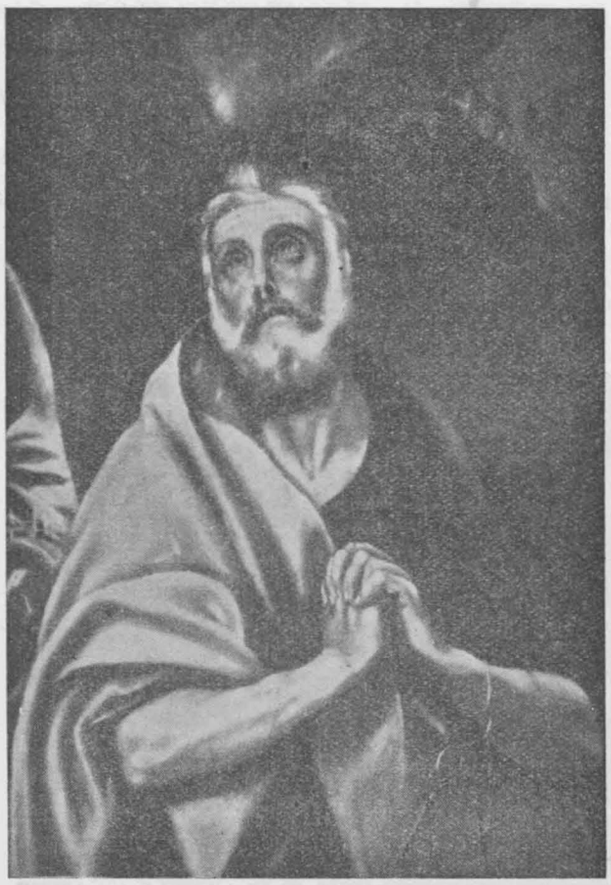
Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

de «psicastenia» (Juarros) (1) o de «paranoia» y además «inadaptación, extravagancia, excentricidad, egocentrismo, megalomanía y demandismo», de un ilustre profesor, Ricardo Jorge (2). Es curioso el arrebatado alegato antigrequista del psiquiatra portugués, que parece poseído de un odio de ultratumba, poco explicable, hacia el glorioso pintor.

Pero no era locura verdadera, sino pasión inflamada. El ambiente de Toledo era propicio a esta semilocura. Corresponde a él el aire de naturalidad con que los caballeros toledanos contemplan el estupendo milagro de *El entierro*, punto sobre el cual insistió Cossío con su habitual penetración. La Historia de España, a partir del advenimiento de los Reyes Católicos hasta la destrucción de la Armada Invencible, ¿no fué un renovado milagro? ¿Qué otro país ha visto en el transcurso de tres generaciones crearse bajo sus plantas el más vasto imperio que la humanidad ha conocido, y ello sin medios excepcionales, casi con la misma gente desharrapada de las horas tristes de los Trastamara? Porque lo extraordinario del pueblo español fué, no su poderío material, sino su increíble pasión de entusiasmo. Sus héroes lo fueron más por la fe ciega en sí mismos que por su calidad física de hombres; y el pueblo se contagió de la misma heroica, y muchas veces insensata, eficacia. Quiere decirse que era difícil percibir la diferencia entre lo vulgar y lo milagroso. Cossío definió a los testigos toledanos de la aparición de San Agustín y San Esteban con la justa expresión, no de locos, sino de «enajenados» (3).

Esto se relaciona con otro problema, también planteado por Cossío: el que deliberadamente buscara Theotocópuli algunos de los modelos de sus santos entre los dementes declarados, quizá entre los acogidos a la caridad de la Casa de los Locos, el llamado Nuncio Viejo, que tenía su asiento cerca de la catedral. Cossío se refiere concretamente al *San Bartolomé* del Museo del Greco (Toledo) y dice: «El límite máximo de excitación, desequilibrio y anormalidad en cuanto a figuras aisladas ha de buscarse en el Apostolado de San Pedro Mártir, hoy en el Museo de Toledo. Del obsesionante y aterrador San Bartolomé, tan extraño cuanto poéticamente vestido de blanco, no cabe decir sino que es un loco furioso, escapado del antiguo y célebre Hospital del Nuncio, allí vecino, porque es imposible traducir con más verdad que lo hace aquel alucinado Apóstol el completo extravío de sus facultades mentales» (4). Sobre este punto he hecho algunas investigaciones que creo necesario aclarar.

En primer lugar, me interesa repetir que la primacía de esta sugestión que tanto ha llamado la atención ahora, a favor de la gran popularidad actual del Greco y al de la hiperestésica publicidad de hoy, pertenece exclusivamente a Cossío, y que éste hizo sólo una sugestión delicada y no ninguna afirmación, tan contraria a su habitual prudencia. Y quiero también añadir que yo he sido ajeno a la publicación de las fotografías que se hicieron por encargo mío y a los cotejos, aparecidos en varias revistas del mundo, entre los locos del Nuncio actual y las pinturas de Dominico. Cossío se vió obligado a dar excusas semejantes (5), y eso que entonces las extralimitaciones publicitarias eran menores que ahora, y las justificaba el máximo prestigio del ilustre maestro.



Por ejemplo, San Pedro puede ofrecer al espectador y al artista no sólo la expresión del arrepentimiento que es igual en todos los hombres sean o no santos, sino un esbozo de la transcendencia sobrehumana de este dolor cuando brotó de la conciencia del Apóstol.

Yo, y otro cualquiera, hubiera podido hacer un número de «cuadros vivos» disfrazando a locos y a cuerdos con el pergeño y vestidos de los Apóstoles, como se ha hecho repetidamente con los príncipes retratados por Velázquez o con los chisperos de Goya. Esto es justamente lo que no me interesaba; sino tratar de encontrar en los enajenados del Toledo actual, vistos sin artificio indumentario ni teatral alguno, o quizá con muy leve adobo cosmético, por una parte, los rasgos raciales de las gentes del pueblo que convivieron con el Greco, y que éste copió, y por otra parte, la expresión, no de locura sino de arrebatado misticismo de los modelos del gran pintor.

Una y otra cosa se comprobaron en este pasatiempo antropológico. La población del Nuncio Nuevo, como la de cualquier otra agrupación toledana, como la de los seres que circulan por sus estrechas calles, es todavía idéntica a la de los siglos XVI y XVII, lo cual se explica por la escasísima aportación de otros tipos peninsulares a las gentes que siguen viviendo en la arqueológica ciudad, aislada en su peñón desde que fué desposeída de la capital del Imperio. La casi totalidad de familias extrañas que se han sumado a las autóctonas proceden de la misma región toledana, por la habitual fuerza centrípeta que empuja a los pueblos hacia sus capitales; y aun en este caso tienen los campesinos toledanos el próximo centro de Madrid, de mucha mayor fuerza actractiva. La humanidad militar y burocrática que viene de fuera suele ser episódica, efímera en la vida de la ciudad; y la eclesiástica, más permanente, no tiene, como es natural, trascendencia hereditaria. De suerte que los hombre y las mujeres de Toledo son, en cierto modo, como una reliquia biológica tan intacta y, por lo tanto, tan interesante para reconstruir su pasado vivo, como sus edificios y sus obras de arte.

En cuanto al otro aspecto del sencillo experimento, éste evidenció también la agudeza del Greco si, como el estudio de sus lienzos hace probable, eligió, en efecto, como modelo de algunos de sus santos a los enajenados, quizá dejándoles crecer barbas y cabello, como yo también lo hice, pues entonces no sólo estaban los dementes pelados al rape como ahora, sino afeitadas a navaja la cabeza y la cara, lo mismo que los galeotes, según nos cuenta Tirso de Molina (6).

Las consideraciones más arriba expuestas alejan todo propósito de irre-

(1) JUARROS, C., *Esculapio*, 1914.

(2) JORGE, R., *Nova contribuçã o biografica, critica e medica ao estudo do pintor Domenico Theotocopuli*. Coimbra, 1913.

(3) COSSÍO, loc. cit., I, 367.

(4) COSSÍO, loc. cit., I, 244.

(5) «Estas fotografías, lo mismo que otras, han circulado libremente, y a esto se debe el que algunas se hayan reproducido ya en revistas nacionales y extranjeras». COSSÍO, loc. cit., II, 280.

(6) En efecto, uno de los *tres maridos burlados* de la novela con este título de Tirso, para cerciorarse, cuando despierta de un sueño producido por polvos somníferos, de su sospecha de que está en el Nuncio de Toledo, dice: «Si fuera esto como imagino, pues que a navaja quitan los cabellos y barbas a los locos y a los galeotes, la mia me sacará de este temor». Debo esta curiosa indicación bibliográfica a mi erudito amigo A. Rodríguez Moñino. (*Bibl. Aut. Esp.*, vol. XVIII, 488).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

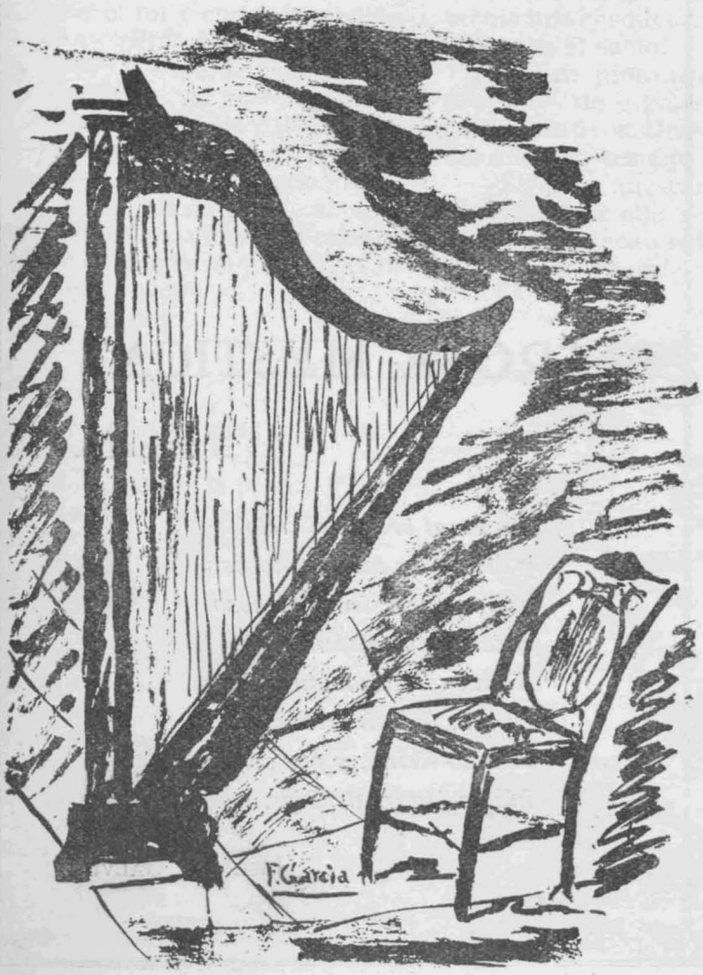
verencia en el pintor, si la hipótesis es cierta, como yo firmemente creo. Un hombre normal a quien un pintor quiera hacer modelo de un Apóstol, puede reunir las circunstancias externas aparecidas: la edad, la condición social, el aire de innata nobleza y apasionada inteligencia. Pero el fuego espiritual, el temblor del alma exaltada que asoma a la expresión, de no fingirlo un actor consumado, lo tendría que inventar el artista, superponiéndolo a la realidad del retrato. Mientras que en la humanidad que habita en el Nuncio, o en cualquier otro manicomio de la tierra, es fácil encontrar la espontánea e inconfundible expresión del heroísmo o de la santidad, en los que por trastornos de la mente se creen héroes o santos. Así los Apóstoles, encedidos de celo evangélico; y así el llamado San Luis, rey de Francia, del Museo del Louvre, que no se sabe bien si es o no San Luis o cualquier otro monarca, pero que es también, seguramente, un demente haciendo de rey; más acentuadamente todavía es la versión del Museo Romántico (Madrid).

Los antiguos designaban a los locos con el hermoso, caritativo y transcendente nombre de «inocentes», que se lee aún, con emoción del visitante, en el atrio del Nuncio de Toledo. Esta inocencia hace que el enajenado, que está seguro de que es, por ejemplo, San Pedro, puede ofrecer al espectador y al artista no sólo la expresión del arrepentimiento, que es igual en todos los hombres sean o no santos, sino un esbozo de la trascendencia sobrehumana de este dolor cuando brotó de la conciencia del Apóstol. Nadie la podría sentir ni fingir en esta forma siendo normal.

La impresión que estos «inocentes» toledanos de ahora, hermanos de los que vió el Greco, produjeron en los que les observaban, en cuanto la sugestión del propósito y del leve atuendo apostólico les hizo entrar en situación —porque el hábito hace al monje, sobre todo en los «inocentes»— fué extraordinaria, y explica la espontánea difusión que las imágenes han tenido, ajena a mi propósito. A lo que hay que añadir el impresionante aspecto hebreo de varios de mis modelos fotográficos.

Y basta lo dicho sobre este asunto, un tanto desquiciado, en el que sólo me propuse, con otras personas curiosas, comprobar hasta donde fuera posible una aguda indicación del mejor crítico que ha tenido la pintura y la personalidad de Theotocópuli. No podían tener estas experiencias de morfología puramente empírica más que un valor relativo; pero en verdad, como en ninguna otra parte, en la casa de los «inocentes» nos pareció respirar, dando marcha atrás en la ruta del tiempo, el mismo aliento quimérico y humano y racial que rodeó al gran pintor teólogo de Creta.

Diálogo, junto al camino



EL ARBOL

De nuevo junto a ti, árbol amigo,
cuando ya se han secado tus heridas;
tiene ya veinte años la metralla
que amenazó, al nacer, tu lozanía.

Ha seguido ofreciendo tu ramaje
sombra en el mediodía,
y tus hojas sirvieron para nidos.
Tú, en la templanza de la tarde, miras
la paz del cielo y la bondad del agua
y cuentas las galaxias infinitas.

Alguna vez el odio del labriego
desgarró aún más tu rama dolorida.

Pero tú —ya en la cima y en la altura—
en el silencio de la paz olvidas.

EL AGUA

El agua estaba pura;
rebaños silenciosos en la tarde
eran, cual blancos lirios apretados
que bebían sus mansas claridades;
la soledad poblaba sus orillas
y cerraba la noche su paisaje,
cuando la blanca luna reposaba
en el limpio perfil de sus cristales

Un ruido de motores
descendió a lo profundo de los valles.
Y el agua que era pura
se arrastra por un cauce de fangales.

Fuente de soledad aprisionada
en la paz de la tarde
por el turbio deseo de riqueza
que mueve el corazón de los mortales.
Ya no pacen rebaños a tu orilla
y eres puro dolor en el paisaje.

CLEMENTE PALENCIA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

SONETO

Corderas con la lana desgarrada
y el bellón tembloroso y agobiado...;
pasó el Pastor sin honda ni cayado,
con un rocío celeste en la mirada.

Traía el Pastor con mano enamorada
todo el tapiz recóndito del prado;
un ovillo de noche —fracasado—
llora el lobo su garra preparada.

El sol tira naranjas en la tarde
sobre la tibia cal de los rediles,
con temblores de ubre virginal.

El balido no es ya flauta cobarde,
que ha llovido el Pastor lluvia de abriles
con su eterna canción primaveral.

JULIO ALFREDO EGEA

LA MUERTA

Y ahora está allí, para siempre sola,
descansando de las penas que fueron guía
y esencia de su vida sin motivo...
fría y blanca.

Su sonrisa ya es piedra y su arcano sombra
y sus ojos están ciegos y en reposo
de su cansancio cierto de mil lágrimas...
que fueron sed.

Quieta y traslúcida su piel es jugo
de amor que invadió inmenso el firmamento
que ahora la cubre, y arropa con ternura...
de madre eterna.

Y los sauces que bordean el último camino
el mejor de todos y el más limpio conseguido
arrebatan el silencio con sus ramas...
mojadas de lluvia.

El aire es torpe y huele a rosas teñidas
que dejaron de ser esencia de vida
traspasadas por saetas de faroles ciegos...
sin luz de ella.

LUIS DURO MARTÍN

"LA CAMPANA"

«Qui séquitur me non ambulat in tenebris».
(Imit. Lib. 1.º, Cap. 1.º, Kempis).

Perdidos por la senda de la vida
nos llama tu campana a meditar,
fundiendo en el espacio de los vientos
como un dulce lamento
y un ansia de llorar

. . . . . .

Yo quiero que el vibrar de esa campana
despierte mi sentir aletargado,
y a vista del perdón de mi pecado
yo sepa perdonar.

Y así en la soledad del infinito,
cubierto por la luz de las estrellas,
yo quiero en el camino ver tus huellas
para poderte amar.

JOSÉ M.ª GÁLVEZ

"ROSA MYSTICA"

A mi madre.

Un rosal brotó del cielo
y dió tallos tan hermosos,
que en él se sintió dichoso
encarnar el Redentor.
Y así, colmando su anhelo
en esta flor sin mancilla,
la hizo Reina; y por sencilla
hízola Madre de Dios.

JOSÉ M.ª GÁLVEZ

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

CON EL CABALLETE A CUESTA

He recorrido muchos caminos de España bajo la lluvia o el sol, no siempre con el caballete al hombro, pero sí muchas veces, cuántas, lo he plantado al borde de los senderos para intentar trabajar apartado de la gente. El camino era para mí una flecha que me llamaba más lejos.

No sé si he captado las bellezas de la luz o la realidad del paisaje. Es cosa que no pregunto porque obligaría a mentir. Pero sí he recogido muchas ondas mentales porque el caballete de pintor es un faro que atrae a todo aburrido transeunte que viene a acompañarnos el tiempo que tiene libre y en tanto que encuentra otro lugar donde pegar la hebra y no cueste los cuartos.

Antes de entrar en el tema, hablemos un momento de la belleza del paisaje y de las magias del color. ¡Cuánto se filtra sin quedar en la red del cuadro! ¡Cuánto se escurre de nuestra vista siendo sólo una impresión fugaz!

Hace tres años, estaba en la playa de la Escala, cerca de la frontera, al lado de Ampurias. Desde allí intentaba pintar la costa hacia Francia, resaltando el cabo Creus. Era por los días de Agosto. Por momentos veía lucir el sol y cómo el cabo ondulaba su perfil hasta caer en el mar. Sobre la superficie azul-pavón avanzaba recto. Al poco, desaparecía el sol, el cielo, el cabo, el azul del mar y convertía en un celaje ceniza que lo fundía todo: agua, tierra y cielo, en un gris de neblina. Volvía el sol y de nuevo el cabo resurgía con su giba ondulante, avanzando recto sobre el azul púrpura del mar.

Y entre nubes, tierra, agua y neblinas, cambiantes azules, violetas, púrpuras, amarillos, grises de plata, brillos de oro: la mano buscando en la paleta lo que encontraba o no, pero nunca con la rapidez debida. ¡Cuánta variedad, en qué poco tiempo y en el mismo lugar!

Y del hombre, para qué vamos a contar; ¡qué prosaica uniformidad! En cuanto al material humano, que sin querer cazaba el retel del cuadro, ¡qué igualdad más parda! Plántese donde se plante el repertorio, es casi siempre el mismo.

Hay excepciones, porque también he de decir que no todo es desagradable lo que oye el pintor de paisajes en su camellear errante. Recuerdo de una mañana que estaba amparado bajo los cañares que bordean el río Nacimiento. Tenían las hojas ese verde grisáceo, mustio, tan típico; y herméticas, lacias, no se movían porque no se movía un elemento, como por allí dicen. El hálito que subía del suelo era de fuego vivo que proyectaba la caliente arena del resecado cauce. Desde Ahabia, cuesta arriba, venían de la feria de Huecija una tribu de gitanos con su único capital ambulante, que eran dos o tres borricos con más anatomía que biología. En total, unas veinte personas, que regresaban de su campaña anual. Grotescamente vestidos, casi no podían con sus harapos y con la suciedad. Caminaban río arriba, casi todos con los pies descalzos sobre los achicharrantes guijarros de un río sin la piedad líquida de un chorro de agua. Las ferias se le habían dado mal y no habían podido largar los jumentos. Caminaban hacia el invierno sin dinero, sin sol abundante que mitigase el hambre. Sin trajes que no fuesen pingajos. Uno de los pequeños llevaba por todo indumento una chaqueta sin botones que le rozaba el suelo.

Al pasar junto a mí, dos o tres proyectos de gitanos me rodearon contemplativos. Una vieja se separó del núcleo y les dijo algo así:

—Sigamos nuestro camino; dejar a ese hombre que se gane la vida. ¡Pero qué manos que tiene, lo menos vale un millón cada una!

Hipérbole, acaso ni creída ni sentida; pero en ella se veía palpable el deseo de agradar, y nada parecido he oído a un castellano.

Es posible que entre los que se acercan esté el que admira y tiene deseos de aprender, el curioso que ni molesta ni saca juicio. En general, el correcto caballero español pasa de largo o mira poco, pero nunca hace estación.

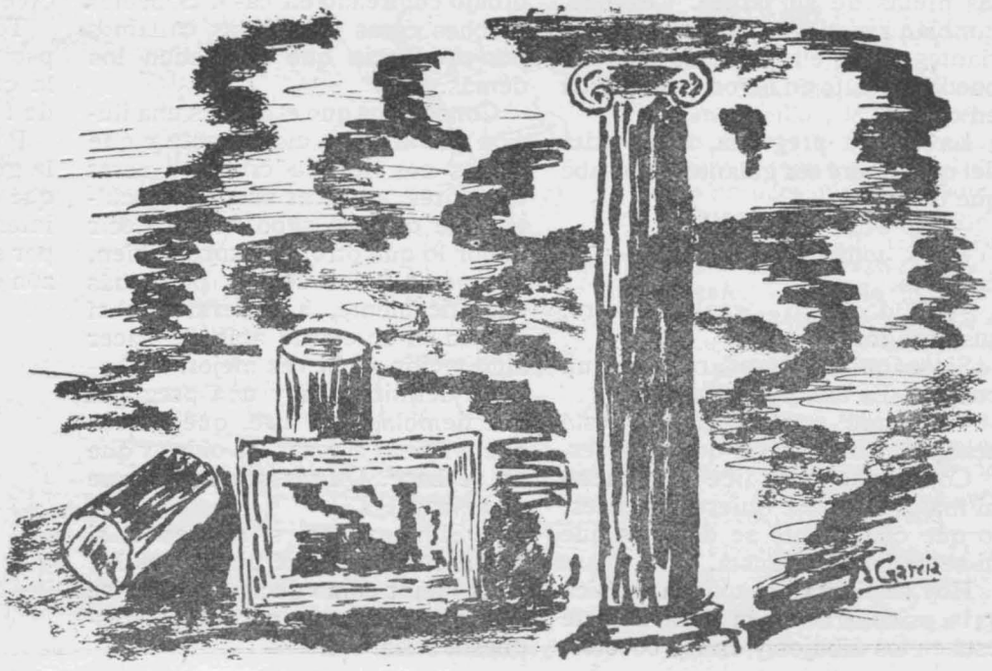
El que hace preguntas tiene, sin embargo, un cuestionario, casi siempre idéntico en todas partes, y es, por tanto, por lo que no me refiero únicamente a Toledo. Esto muestra cómo la mentalidad humana, a través de las distancias, de las culturas, de la geografía y de los grupos sociales, marca menos desniveles psicológicos que pudiera esperarse, y más bien acusan el impacto de un no saber y casi siempre de un no entender.

Veamos algunas preguntas de la serie: la primera, es que se quiere saber si lo va uno a vender. Si se le dice que no, viene a continuación toda una ráfaga de interrogantes: que qué hace uno con ello, que para qué lo guarda, que cuántos tiene...

Es interesante el barullo de incredulidad y de incomprensión, de lo que es la cultura y de lo que es el ocio.

En general, ocio es derecho a gandulería, según muchos. Tampoco se concibe que sea esfuerzo y trabajo.

Un indígena pequeño, de lo más primitivo del país, esa tierra mía del Sur, sequedad, miseria, sol y



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

polvo, estaba al lado mío en cierta ocasión. Sin mirar, golpeaba con una caña todo cuanto sus ojos veían, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas. Parecía que remedaba a su antecesor troglodita, que había cazado un bisonte tras mucho tiempo de espera.

—¡Hombre, que estoy trabajando, déjame en paz!

—Y yo estoy en la calle y hago lo que quiero. ¿Y a eso le llama usted trabajar?

Sin más comentario, creo que en esa actitud hay todo un ideario proletario encerrado. El galán no sabía, pero opinaba.

Vamos a otra pregunta. Esta es buena.

—¿Qué está usted pintando?

Si frente a la realidad no se reconoce el objetivo, ¡qué será después!

Es bien interesante que por los campos de España haya muchos individuos que no saben ver, es decir, que nunca han cotejado en su vida una postal con un lugar.

Otras veces la pregunta no se refiere a uno, pero es ofensiva.

—¿Ha visto usted lo que hace fulano? ¡Ese sí que lo hace bien!

Y entonces uno, ¿cómo lo hace? Sin darse cuenta se proyecta una comparación despectiva que uno no había pedido.

También es curiosa la comparación que se hace con el pastelista de acetileno y rifa. Muchos, al chocarles que se esté varios días en el mismo sitio, suelen comentar entre sí:

—¿Se acuerda Ud. del de la otra noche? ¡Ese sí que lo hacía pronto!

Al que piense algo parecido o le extrañe la repetición del tema, le recordaré que Monet presentó cuarenta veces la Catedral de Rouen, y que constantemente insistía en las ninfas de su jardín. Cezanne, también repetía los temas con variantes o sin ellas. Acaso esto no pueda ser dato en favor, pero nunca en contra.

La última pregunta, la favorita del que quiere ser galante y no sabe que decir, es:

—¿No estará acabado?

—No, todavía falta mucho—, se contesta.

—Ya decía yo— replica el otro, suspirando.

Si se quiere agradar, vaya un consejo. Es mejor que se diga:

—Aunque parece que no está acabado, ya se ve lo que va a ser.

Con lo que no se dice nada bueno ni malo. Por si se quiere entender, lo que claramente se dice, es que ni se entiende ni gusta.

Hoy se piensa que toda la estética y la psicología de la obra de arte está en los dibujos y en los bocetos. Sabido es el caso de Constable, del cual hoy se cotizan mucho más sus bocetos que sus cuadros para los museos, y que tenía la costumbre de hacer bocetos de casi el tamaño del cuadro.

No olvidéis que para el técnico, la obra pierde con el acabado; es más fría, más impersonal, menos espontánea, más cerebral. Se admira tanto o más los dibujos, que los cuadros de Goya, y cada vez será más estudiado como dibujante que como pintor. Siempre serán más interesantes las incorrecciones del Greco, que sus concordancias con la realidad.

Esta última que vamos a recordar, no se puede llamar pregunta; es una afirmación repelente cuando el traseunte fué del gremio. No abunda mucho, porque el del oficio suele estar dolido de los mismos golpes.

—Yo también he pintado, pero ya sabe Ud., los negocios me lo hicieron dejar.

Realmente ésta es evocación amarga. Uno, como él, no vale. Uno, como él, no llega. Generalmente lo sabemos, pero nos lo dice; él se retiró a tiempo. No gustó, no hizo gran cosa.

Sabemos que en general, el que es artista, triunfa, y, también, sabemos que el arte verdadero es dominante y no nos deja. Cuando lo dejamos, es que hace tiempo él nos abandonó.

Es por tanto la evocación más lacerante para el que se le fué la ilusión, quedando visible el grotesco esqueleto de la muerta realidad.

Sabemos que aquél no es artista, porque es un pantógrafo inscrito en el Registro Civil. Sabemos también que una obra de arte no es un dibujo coloreado en casa. Sabemos muchas cosas más y las callamos por prudencia que no tienen los demás.

Conocemos que el arte es una ilusión que arrastra ciegamente y que ciegos nos lleva a creernos seres creadores, a buscar armonías ocultas que otro no supo ver, a decir mejor lo que otro no expresó bien, a superar a los demás, pero más auténticamente, a superarse a sí mismo en un eterno afán de hacer algo mejor, cada vez mejor.

En definitiva, hay una pregunta que tiembla en el aire, que parece que empieza a rozar los oídos y que no se hace. Quizás sea mejor que no se haga.

—¿Si no expone, si no vende, si no enseña, para qué pinta usted?

Es mejor como decía, que no se haga la pregunta porque la respuesta sería:

—Para no tratarme con Ud. Para no participar en nada, ni en su vida, ni en sus pensamientos, ni en la farsa de lo que usted dice.

Eso es pintar. Es evasión de un mundo que desagrada, es llenar las horas en que manda el deseo de no hablar y sobre todo el soberano deseo de que no le pregunten a uno gente menuda que no le van a entender. Es una fuga del mundo, para volverlo a crear con nuestras manos, con palabras o con pinceles.

Dicen los que entienden de esto, que el pintar tiene valor terapéutico, que es sedante, que es recreo en el etimológico sentido de la palabra, que vuelve a proporcionar energías al espíritu.

Debe ser así. Además conviene ligarse a algo, a un mundo objetivo que no canse ni moleste, el mundo de las cosas que no hablan y no muerden.

Debe ser bueno, porque lleva consigo un ejercicio de los sentidos en un intento de captación y dominio de las cosas. Puede ser proyección del yo, pero intenta ante todo ser reconstrucción del mundo y hasta creación, en lo que cabe, además de las horas vacías que se llenan sin preocuparse de los demás y con una esperanza recíproca de que los demás no se acuerden de nosotros.

Volvamos al tema del Cabo Creus que, visto en la tarde, cada cinco minutos cambiaba.

Entre sus envolventes de gasa y luz, grande y digno, cada momento de su aparecer, valía un intento de fijación en un lienzo que fuera sin igual.

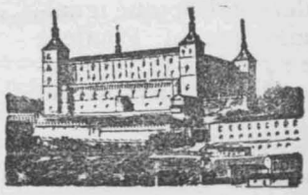
El hombre en todas partes, ¡qué pobre y qué vacío! Cuan llenos de nada estamos, y cuanto perdemos con hablar y tanto más cuando nos creemos más hábiles.

Todo el por qué de tanta preocupación y de tanta pregunta cabe en la cubierta de un librito de papel de fumar.

Por muchas vueltas que le dé la gente, no entenderá jamás el por qué de la cultura, de la cultura sin interés, y mientras más se afanen por saberlo, menos darán en su razón de ser.

GUILLERMO TÉLLEZ

Numerario de la Real Academia de Bellas Artes y C. H. de Toledo.



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956

LOS ULTIMOS MAGICOS
o
Los tejedores de ensueños

¡Salve, quinientas iglesias catalanas destruídas!
¡Salve, gran catedral de Vich, catedral de José María Sert!

(Del poema «A los mártires españoles», de Paul Claudel).

Ante la parroquia de Sitges, limpia e intacta, he recordado los lastimeros y grandiosos versos de Claudel, que muy pocos han leído y, que sin embargo, muchos se han atrevido a comentar. El por qué los he recordado puede que lo explique más adelante, ya que ahora le toca el turno a Sitges.

He llegado a él cuando casi se cumple el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Santiago Rusiñol. Y con Sitges, Rusiñol y su obra, me encuentro aquí.

Rusiñol, mordaz, satírico, barbas y cayado de peregrino, no es sólo el Rusiñol de «L'auça del senyor Esteve», ni el de los verdes pinceles en ristre de los jardines de Aranjuez sino que, siempre y ante todo, Rusiñol será y es el señor de Sitges.

¿Y Sitges, antes de llegar Rusiñol, qué era? El Principio, que si bien es verdad, no es poco.

Todas las cosas lo son, están ahí, ante nosotros, pero si no hay hombre, el Principio se estaciona, no hay transformación, no hay vitalidad, ni dinámica, ni fuerza, ni belleza...

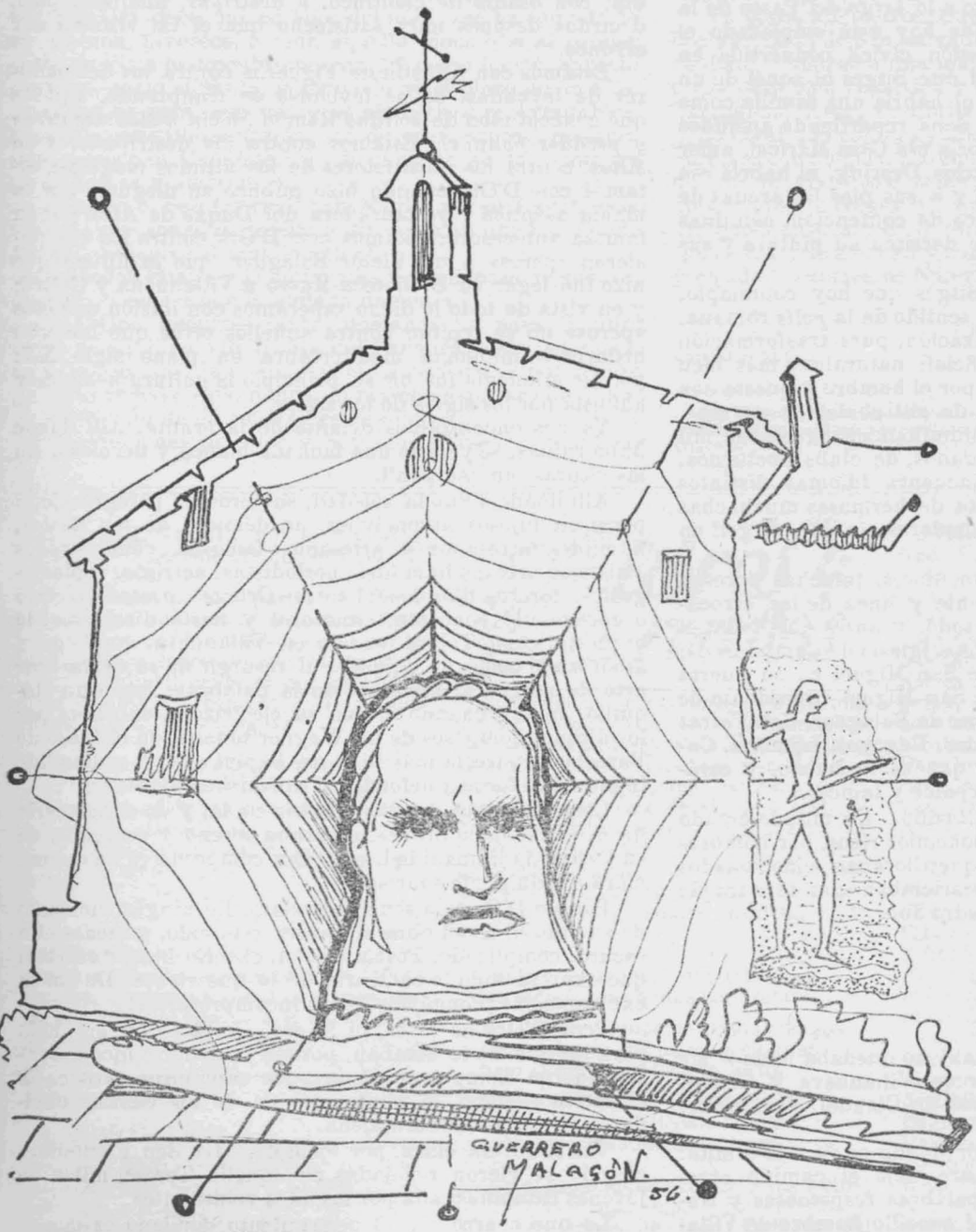
¿Qué le pasa a la meseta? Creo, buen Tomás, que ahí puede estar en parte la contestación. Que Castilla, por equis circunstancias políticas, sociales y económicas, es cierto que aún «crea» hombres, pero no hay Hombre que levante «Castillas» en el aire. ¡Piénsalo! Exigimos, sin movernos, todo de «nuestra» tierra. Hasta el posesivo «nuestra» es moruno, y moruna la fórmula: ¡Que trabaje ella!

Y dejamos a nuestra meseta que haga todo, y nuestra meseta pobre y agotada ya, no puede hacer más.

Ya no hay ni embrujo, ni duende, ni mito, ni leyenda, ni ingenio, ni anécdota...

A Cataluña, con todo esto «tan sencillo», la han hecho sus Hombres. No vayamos ahora al tópico industrial de sus grandes núcleos urbanos porque aquello es otra cosa, necesaria, y allí está bien como aquí lo van estando Getafe, Villaverde y Aranjuez. Vayamos al bosque o a la montaña, a las arenas de las playas o a las rocas de los acantilados, y allí veremos que creó con el Principio, transformando la naturaleza, creó, repito, de lo menos necesario lo más hermoso «para poder vivir».

Prepotentes, vigorosos y magníficos los varones del Mediterráneo griego y romano, «hicieron» su época, su tiempo, su estilo, su forma



Los tejedores de ensueño.—La Ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú, es la Ermita de Eugenio D'Ors.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

y su modo. Convirtieron en Categoría la anécdota.

No todo consiste en beber cerveza, querido Angel; consiste muchas veces en que un Hombre nos «ciegue» y nos alucine y, embelesados, creamos que aquella vulgar cerveza que hacía un segundo tú y yo teníamos entre nuestras vulgares manos, sea ahora entre las suya «la rubia walkyria que en catarata de espuma se precipite sobre nosotros para saciarnos la sed».

No habría Cadaqués, ni Port Lligat sin Dalí (tratar en proceso analítico de desasociar las ideas y no os quedará nada); no habría ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú sin Eugenio D'Ors; no habría catedral de Vich si como dicen por matemática intuición los versos de Claudel, no fuese la catedral de José María Sert.

No habría Sitges, tal como hoy le concebimos, sin Santiago Rusiñol y su época. Esa época, ese tiempo que los «grandes» es lo primero que pretenden fijar, sujetar, porque saben que al no existir puede escapárseles y quedar vagando sin limitaciones y concierto. Tiempo ido, perdido, buscado según la tesis y la angustia proustiana.

Por eso, el Hombre tiene, porque puede y están facultados algunos seres excepcionales para ello, que hacerlo todo.

No es fortuito el título que da José Plá a su obra «Santiago Rusiñol i el seu temps», es simplemente una meditación, porque sin ese tiempo de ayer, Rusiñol y su procesión cívica en honor al Greco a lo largo del Paseo de la Rivera (1), junto al mar, donde hoy está emplazado el monumento al cretense, procesión cívica convertida en página de historia; no habría ni este Sitges ni aquél de un Cau Ferrat recién inaugurado, ni habría una familia como la Utrillo, que llegase hasta el Sena repartiendo apellidos en pro del arte moderno, ni habría esa Casa Maricel, amor y mimo del norteamericano Carlos Deering, ni habría esa iglesia elevada sobre una roca y a sus pies las arenas de una playa, junto al mismo muro de contención, con unas barcas blancas y humildes que derriten su pintura y sus resinas al calor de mil pasiones.

No habría nada. Ni este Sitges que hoy contemplo, nunca más ciudad en el amplio sentido de la *polis* romana, pura arquitectura, pura urbanización, pura trasformación de la naturaleza en algo artificial; naturaleza más bien domada, «adornada», cuidada por el hombre y puesta con todas las comodidades; Sitges, de mil chalets y «torres», de cien suntuosas piscinas que iluminan sus aguas con mil colores en la noche de cien veranos, de clubs nocturnos, bailes, orquestas, mientras cincuenta idiomas distintos suenan en la cantarina garganta de hermosas muchachas que, en pantalones, short y bañadores, juegan al golf en las pistas de verde paño.

Sitges con cafeterías, asfalto, flores, ¡muchas flores y jardines!, iluminación fluorescente y línea de los ferrocarriles electrificada; pero sobre todo, y antes que nada, el Sitges del santuario de «El Vinyet», iglesia de Campdasens; Sitges de Casa Maricel, con ese San Miguel en su puerta infundiendo un teórico temor; San Miguel procedente de las torres de protección del puente de Balaguer; Cau Ferrat con Picassos, Zuloagas, Angladas, Regoyos, Llimona, Casas, todos amigos del Maestro que es lo bueno, y cerámicas, vidrios, telas, hierros forjados y tapices...

Playa, luz y mar. Sitges y Rusiñol. Un mundo creado por cíclopes y niños, poetas y bohemios ricos, por hombres terribles y barbudos sátiros que lloraban emocionados cuando sus trémulas manos acariciaban con ternura de mujer una bella escultura de Pedro Jou.

* * *

—La iglesia era una ruina, allí no quedaba nada— me respondió el dueño de un bar en Villanueva y Geltrú, mientras yo recordaba los versos de Claudel. Ves, lector, cómo todo tiene su explicación.

Después, me ha indicado por dónde se va a la ermita.

—Suba de frente, el Maestro dejó el camino arreglado – y me estremecen las palabras respetuosas y tremendamente simbólicas de este sencillo hombre de Villanueva.

Por radio, el locutor de la emisora local (en Cataluña infinidad de pueblos tienen emisora local) habla con voz gangosa.

Más tarde, llego ante la ermita. La ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú, es la ermita de Eugenio D'Ors. El santuario dorsiano donde el cíclope del ingenio se paró a descansar, y aun descansando, a golpe de ingenio, levantó sobre sus hombros, como novísimo San Cristóbal, una atalaya, un faro de la cultura, desde donde pontificó sobre la belleza del Mediterráneo y la armonía del clasicismo.

Falta hacía que alguien, de entre unas ruinas abandonadas que no decían nada, llegase y, no solamente las levantase, reconstruyese espiritual y materialmente, sino que forjase en un nunca mejor localizado jardín de Akademos, toda la teoría fantástica de la belleza y del arte nuevo, que a orillas del viejo mar se hace eterno e imperecedero.

A golpe de ingenio, el Maestro D'Ors forjó lo indestructible, formas espirituales, decires, que convirtieron en bocas profanas la ermita, mitad en templo de fe y mitad en templo de cultura.

En solo cinco kilómetros, desde Sitges a Villanueva, hombres de todos los tiempos se han empeñado en levantar en tan reducido espacio de terreno y franja litoral, todo un sistema que esperamos que ninguno se atreva algún día, con osadía de científico, a destripar, analizar, para decirnos después muy satisfecho que el tal sistema era erróneo.

Estamos con Agustín de Figueroa contra los debeladores de leyendas, bellas leyendas se comprende, aquella que conceptuaba de *bonitas* Ramón (decía *bellas mentiras y pecados bonitos)*. Estamos contra los destripadores de Mitos, contra los destructores de los últimos mágicos; estamos con D'Ors cuando hizo público su disgusto por la manía aséptica y restauradora del Duque de Alba por su famosa antecesora; estamos con D'Ors contra los que pusieron «peros» a un Víctor Balaguer, que la última que hizo fué legar su Biblioteca-Museo a Villanuena y Geltrú; y en vista de todo lo dicho esperamos con ilusión que esos «peros» no se repitan contra aquellos otros que hicieron historia o mitología mediterránea en pleno siglo XX, porque mitología fué en su principio la cultura helénica y ahí está por los siglos de los siglos.

Ya nos encontramos delante de la ermita. Allí donde hubo ruinas, se yergue una fachada blanca y hermosa. En las alturas, un campanil.

Allí donde reinó la soledad, subieron en peregrinaje, a pie o en lujosos automóviles, académicos de las Reales, humildes artesanos o artesanos famosos, condecorados artistas o artistas humildes, periodistas, actrices, comediógrafos, toreros filósofos (el «otro» Ortega), poetas de claro o enrevesado concepto, escultores y hasta directores de orquesta, como Toldrá, nacido en Villanueva, que llegaba alborozado como un chiquillo al resurgir de su tierra «por arte de magia, al mandato de la palabra»; como un chiquillo, repito, cuando él con su electrizada cabellera por los últimos compases de un Wagner tonante en el Liceo de Barcelona, parecía más bien un Papini que en su humilde ingenuidad fuese a defender al mismísimo diablo.

Llegaron todos donde no había nada, y en el santuario de la «Academia Breve», esperaba sereno y sosegado, en su tremenda humanidad, el D'Ors comprensivo de eterna, clara e indulgente sonrisa.

Porque D'Ors era sencillo y claro. En ningún momento de su vida ni de su obra, quiso ser retorcido, y menos aún oscuro, complicado. Poseía, eso sí, el serio humor catalán, que expresa todo lo contrario de lo que siente. De ahí su exclamación: ¡Pongámoslo más incomprensible!

Pero D'Ors no lo es, ni lo era. Quizá lo fué sin duda para los que no le amaban, porque desamor e incomprensión fueron siempre *accidentes* que caminaron juntos. Es el tácito silencio, la tácita opinión de los eternos envidiosos, de y por la obra ajena.

Ver si no era clara, por ejemplo, «La Ben Plantada», cuando se vieron reflejadas en aquella Teresa miles de jóvenes catalanas, allá por los años veintitantos.

Lo que ocurre con el pensamiento dorsiano es que es eminentemente mediterráneo, y el Mediterráneo, en su

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956

largura, es complicado y difícil, no por las sirenas de Ulises, sino porque Mediterráneo es Motril y Argel, Tossa y Cagliari, Nápoles y Cefalonia, D'jerta y Candía, El Pireo y Alejandría, Port Said y Jerusalén...

¿Cómo comprender si dejamos dormir en vaga siesta a nuestra mente, cuando estas cosas necesitan de tanta gimnasia y agilidad intelectual?

¿Cómo adaptar un solo concepto, Mediterráneo, si en él existe tal variedad, y no hacerlo en su complejidad, complejo?

Pero descansemos en la ermita dorsiana, pues a eso hemos venido a este claro Mediterráneo.

En la fachada de la ermita, un San Cristóbal, mosaico compuesto por infinidad de piezas naturales, trozos de mármol y piedrecillas de diferentes y fuertes coloraciones. San Cristóbal es el Santo que da nombre a la ermita. El mosaico es una composición bella y asombrosamente bizantina.

San Cristóbal es un Santo grandón y plácido que parece no caber en capillas ni altares, y se queda casi siempre humildemente con su carga sobre los hombros en las fachadas de los templos o en las paredes interiores de las grandes catedrales, como ocurre en la de Toledo, donde el San Cristóbal es de tan gigantescas proporciones, que ya no es San Cristóbal, sino San Cristobalón.

Este de Villanueva y Geltrú, en la ermita, esconde entre su abigarrada composición bizantiza a un San Cucufate que según D'Ors, decir que en boca del pueblo se ha convertido en leyenda, favorece, a toda aquella moza que al primer golpe de vista le descubriese, con un novio fuerte, apuesto y bueno, como el Santo, y todo ello en el plazo de un año.

Como se verá, son milagros simpáticos y agradables, llenos de juventud e ilusión, los de estos santos catalanes que, como San Cucufate, nos llenan con su solo nombre de confianza y alegría.

Como lo es San Quirico, San Magín y San Cugat, este último «más sonado» gracias a otro catalán que ha llenado de ritmos alegres el mundo entero.

En todas estas cosas optimistas y luminosas se piensa, oteando el mar desde la atalaya dorsiana.

Y D'Ors, mientras tanto, descansa ya para siempre cerca de aquí, en Villafranca del Panadés, entre su románica iglesia de San Juan y el Museo del Vino, seguro que más redivivo que nunca, él marca en su faro de Villanueva la ruta de las nuevas generaciones.

Generaciones de ayer y hoy, castellanas y catalanas que al grito de Maragall: —¡Sempre, sempre mar endins!, forjaron un acervo cultural inmarchitable y hermoso.

Generaciones de Rusiñol, Utrillo, Jou, Puig y Cadafalch, Pidelasena, Casas, Adrián Gual, Balaguer y D'Ors, que trajeron a sus tierras y a las de España el «modernismo» (hoy casi clasicismo), de los tiempos nuevos e inyectaron en los jóvenes intelectuales salidos de los liceos, la concepción de Gaudi en arquitectura, Llimona en dibujo, Clará en escultura, Casas el del célebre cartel de «Els 4 Gats», en pintura; y Canals, aquel terrible Canals cuya obra está tan cerca de la de Toulouse-Lautrec, y que gritaba en su romanticismo e intuyendo la anormalidad del genio: —¡Vivir de lo anormal y de lo inaudito, referir lo espantoso de la razón abocada al principio. Tal es la forma estética de este arte de hoy!».

Hay tanto que recordar, tanta historia y tan intensa en tan poco espacio, se debe tanta explicación acerca de la obra de estos hombres, que aturde pensar que nunca se pueda acabar y que siempre estemos en deuda con ellos.

Creo que en mi modestia haya pagado por hoy el portazgo de admiración y gratitud y es por tanto por lo que quiero proseguir mi camino.

Un camino que, aunque lluvioso y frío, a mí me parece maravilloso y por el que me doy cuenta de la exacta verdad de Amiel cuando exclamó: —«El paisaje es una situación del ánimo», y comprendo como nunca lo que es ir *cantando bajo la lluvia.*

En pocos kilómetros, Cunit, Calafell, el Arco de Bará, la playa clara de San Salvador, en Creixell, Torredenbarra de donde conozco a una mujer de proporciones cristobalónicas pero bien repartida y enormemente guapa, y por fin Tarragona, Reus, Cambrils y Salou..., una sarta de hilvanado coral que con la ayuda de nuestro fiel remero navegaremos con alegría. Haremos aquel trabajo, aquel navegar del diario vivir sólo soportable a los que mucho saben amar, aquel navegar del que oímos decir a D'Ors, como sentencia clásica y en la última página de su «Bien plantaba», frase de amistad y compañía, frase que tanto sostiene y ayuda: —Rememos Nando, rememos.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Cataluña, 1956

(1) Sobre estos acontecimientos escribió en estas mismas páginas de AYER Y HOY un detallado artículo D. Guillermo Téllez, con el título de «El Greco en Sitges». Núm. 37. Septiembre-Octubre, 1953.

MAR QUE VIENE, por José Carlos Gallardo.—Colección «El Zodiaco», n.º 1, Granada, 1956.

Se compone de tres partes: I. *Faro,* poemas que pudiéramos llamar de tono mayor tanto por los motivos como por la forma; llenos todos de inspiración y de aciertos, notabilísimos el que lleva por título «Desde los espejos».—II. *Yo era viento para tí,* versos ágiles:

«No supe lo que era tierra
hasta que mi propia vida
se llenó de tus maneras».
(Hasta Ahora)
A veces creo que soy,
de tanto pensarte, viento.
(Amor y Viento)

De singular emoción poética «La cancioncilla triste».—III. *Bajar por la noche,* versos junto al mar glosados en felices sonetos, en poemas mayores y menores: «Si nos dijera el mar su azul llamada», y así es toda esta última parte del magnífico libro que viene a confirmar de nueva plenitud la obra del gran poeta granadino J. Carlos Gallardo.

VITRAL DE JEAN, de Jean Aristeguieta.—Colección «El espejo y la nube», Caracas, 1956 --Su autora, entregada por completo a extender el mensaje poético por el mundo, desgrana en la 1.ª parte de su Vitral: *Alba de la belleza;* poemas originalísimos, «como imágenes de una pintura asiria», con ideas afortunadas que se deslizan sobre un cauce poético saturado de ecos bíblicos, por manejar su estro términos como «viernes de tu consumación», «luz de vigilia», «cálices del sobresalto», «ala y centella de su corazón». En la 2.ª parte: *Invicta por el amor,* nos sentimos, los hombres de Europa, sobrecogidos por aquel paisaje que floreció en la grandiosa inspiración de Jean:

«Veía a las iguanas que trepaban
los merecures cálidos con frutas.

Veía a los arrendajos en los mangos
conquistando sus pieles incitantes
bajo la paz oscura de la siesta.

Y veíase signo en el paisaje
visionaria de cánticos y aromas
aspirando el latido de la tierra».

(En el próximo número de AYER Y HOY, se dedicarán más amplios comentarios al libro de versos de Jean: Catedral del Alba. Colección «Lírica Hispana»).

ANCLA ENAMORADA, de Julio Alfredo Egea, Granada, 1956.

Ya conocen los lectores de AYER Y HOY la fina visión poética que siempre nos ofreció J. Alfredo Egea. En esta nueva obra reúne alguna de sus antiguas composiciones, junto a recientes emociones. Así es *Ancla enamorada,* emoción perpetua, ante los niños, ante el paisaje, ante el pensamiento. Lo comenta muy bien en su bello prólogo Arturo Medina. Para los que creen que la poesía está en crisis les aconsejamos la lectura de estos versos ungidos por la gracia de Dios y por la más auténtica inspiración.—C. P

Revistas recibidas: *Alne,* núm. 15 (Junio-Julio, 1956), Reyes Magos, 4, Madrid.—*Caleta,* núm. 12, Cervantes, 22, 1.º, Cádiz.—*Courrier du Centre International d'Etudes Poetiques,* núm. 10. Bélgica.—*Euterpe,* núm. 25, Buenos Aires —*Indice cultural,* núms. 26 y 27 (de Febrero a Mayo de 1956), Bogotá.—*Lírica Hispana,* núms. 154, 155 y 156, de Caracas.—*Metáfora* (Año II, núm. 7, Marzo-Abril, 1956), México.—*Revista de arte,* Universidad de Chile, núm. 3, Abril-Mayo, 1956, Santiago de Chile —*Rocamador,* núm. 8, Palencia.—*Veritas,* Revista de los Estudiantes Dominicos, Granada, número extraordinario, muy interesante dedicado a S. S. Pío XII.—*Virtud y Letras,* números 55 y 56, Facultades Eclesiásticas Claretianas, de Colombia.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

"VIS, METUS, DOLUS"

«No todo daño es injuria».
ROSMINI.

I

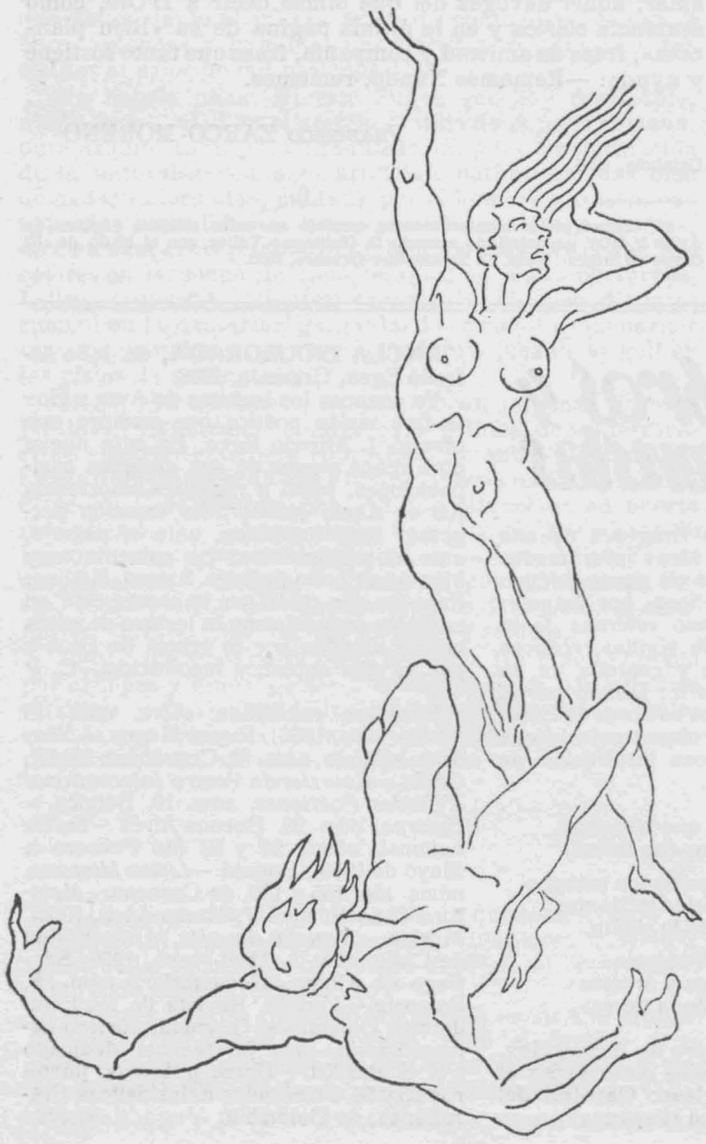
La amistad, la influencia, la afectación, la novelería, han creado una serie de prestigios infundados —al menos, en el sentido e interpretación que se han dado a las posturas adoptadas por ciertas figuras representativas—. Estamos hartos de tanta valoración falsa, pero con sinceridad debemos reconocernos importantes ante la perfecta labor realizada por los reyes del elogio y los artistas del adjetivo.

Creemos innecesaria toda revisión de la actual escala de valores, por cuanto a la larga *suum cuique tribuere*. Sin embargo, sería una experiencia curiosa, aunque para ello tuviéramos que abandonar ese último escalón que, con falsa humanidad, reconocemos ocupar: no nos importaría descender al sótano, porque tenemos la seguridad de que estaríamos muy acompañados. Lo único que nos desagrada es la probabilidad —casi certeza— de que el sótano fuese más bien cripta o sentina. Padecemos una cierta alergia a los olores concentrados, aunque procedan de esencias de alto precio.

II

Y va de cuento:

Erase una vez un grullo —hombre de buena voluntad—. Y érase al mismo tiempo un adolescente —hijo de un afamado intelectual—. El muchacho, en un momento de «buen humor», tronchó un arbolito.



Y el grullo vió, pensó y denunció la incivilidad con estas palabras:

—Fulano, hijo de Zutano, ha arrancado un árbol —una acacia— en tal sitio.

Zutano, llevando en una mano el diccionario de la «Real» y en la otra el texto que contenía la letra de la Ley —ante la comprensiva sonrisa del oidor de turno—, con su perfecto dominio del vocabulario, demostró la inocencia de su hijo, con estos términos:

—En tal sitio, no hay árboles, sino arbustos. Y si no hay árboles, no puede haber acacias, y por lo tanto no se pueden haber arrancado. Tampoco ha podido mi hijo arrancar cualquiera otra variedad botánica, puesto que los restos de plantas que existen en aquel lugar, muestran claramente que su destrucción se llevó a cabo por corte o tronchamiento.

Y como para algunos la verdad consiste en hablar con propiedad, Fulano continuó teniendo «buen humor», Zutano siguió cincelando sus frases, y el grullo, tras de beberse un vaso de agua fría, fué a que le recetasen unos quevedos contra el astigmatismo, porque el pobre hombre era un poco anticuado y tal...

III

Generalmente, todo hombre prefiere ser, a estar; no obstante, hay algunos que prefieren invertir el orden de los términos. Son aquéllos que atacan todo «debe ser» absoluto, por lo que pueda coartar la libertad del hombre, al mismo tiempo que pretender imponer la continua realización de ciertos «puede ser», en aras de ciertos «inmutables» principios racionales. ¡Estos son los apóstoles de la transigencia! ¡Oh, manes de la santa intransigencia!

Son los mismos que afirman:

—Para mí la Ley, para ellos la justicia: y si la Justicia es conmigo, para ellos la Caridad. Frente a toda virtud social, la legalidad; y frente a la legalidad, todo principio racional.

IV

He aquí un ejemplo de liberalidad, comprensión, transigencia intelectual, educación y otras muchas cosas más:

Una cierta personalidad —tetraédrica— tiene la generosa costumbre de regalar a un servidor suyo una serie de libros que desecha, para que se beneficie con su venta. Y algunos de estos volúmenes fueron vendidos al peso «como papel viejo». Buena parte de estos libros llevan amistosas dedicatorias de sus autores —la mayoría de ellos vivos todavía y poseedores de un prestigio mundial—. Algunos de estos tomos, ni siquiera tienen cortadas y abiertas sus páginas.

¡Estaría bueno que nuestro hombre hubiera descendido hasta el extremo de conservar o leer unos libros, cuyos autores no son más que ministros, embajadores, catedráticos o afamados doctores! ¡Pues no faltaba más!

V

Toda esta palabrería viene a cuento, por cuanto hemos vuelto a recordar, sin saber por qué, una frase que hace más de dos lustros conocimos a través de un tercero:

«Cuando dentro de algunos años, en las Universidades europeas se explique que un hombre como Benedetto Croce ha podido influir en el pensamiento de su patria, los universitarios no podrán por menos de reírse a carcajadas».

El autor del anterior juicio es el catedrático don Santiago Montero Díaz.

Dejemos para otra ocasión el comentario de las actividades de Benedetto Croce, y de los muchos Croce que hay en España, aunque eso sí, debemos reconocer por anticipado, que tienen mucha más categoría para «todo» que don Benedetto.

Nosotros, personalmente, de entre tantos Croce, preferimos a Julio César della Croce, autor de «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno».

Por otros muchos, firma estos renglones:
FERNANDO ESPEJO

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956

TOLEDO DE ESPAÑA

Cada vez que llega a la memoria el alto nombre de Toledo —pues no siempre lo permite la vida cotidiana—, como una lámpara esencialmente orientadora, viene al encuentro del éxtasis la maravilla descriptiva de esos versos, tantas veces citados, que salieron de labios de un anciano mercader de Granada, llamado Emilio, creado por don Luis de Góngora para que, en «Las firmezas de Isabela», hablara así:

«Esa montaña que, precipitante,
há tantos siglos que se viene abajo,
ese monte murado, ese turbante
de labor africana a quien el Tajo,
su blanca toca es listada de oro,
ciñó la frente de uno y otro moro».

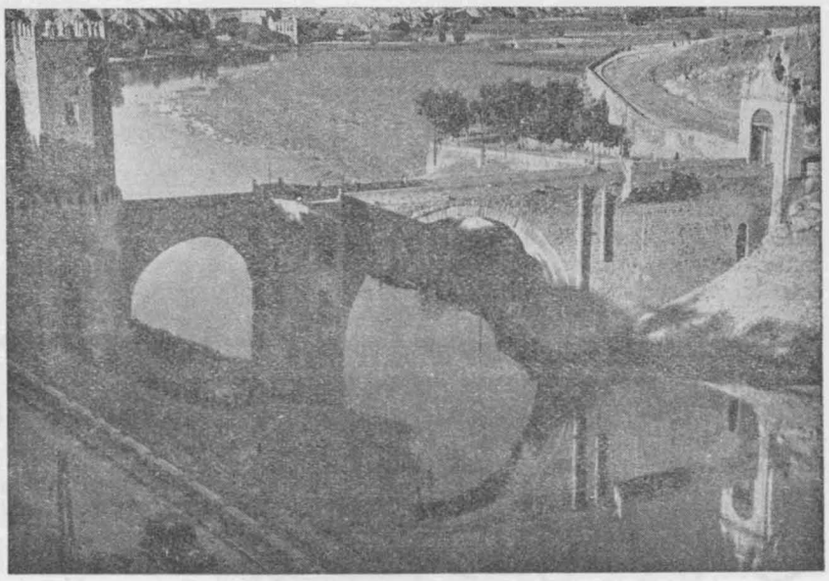
Porque Toledo no es simplemente el panorama extendido por el mundo con pinceladas del Greco, ni es la descripción histórica, ni es el poema. Toledo es el mismo Greco, la Historia contenida, la Poesía en su más viva expresión, en su esencia indefinible.

He aquí una realidad que nos reduce, y, como si nada supiéramos de esta ciudad, siempre nueva por su eterna ancianidad, dejamos que su encanto acaricie nuestro rostro al mismo tiempo que sacude vivamente los resortes de nuestra sensibilidad, unas veces, mirándonos en las aguas de su Pozo Amargo; otras, sujetándonos la garganta con las manos crispadas como protegiéndola de la feroz cuchilla del moro Amrú, y otras, también, levantando los ojos al cielo viendo descender a la Santísima Virgen portadora de la casulla sagrada, que había de imponer después con sus divinas manos al obispo Ildefonso.

Para sentir Toledo es preciso entregarnos a la verdad de que existe. La leyenda cuelga de todos los balcones, y en sus polícromas macetas habla la castidad y el amor de la mujer castellana y la sangre del caballero vengador de su deshonra. Bradamante y Carlomagno, Ayalas y Silvas, don Rodrigo y tantísimos más que supieron inventar doncellas como Galiana, Isabel, Elvira de Castañeda, Florinda de la Cava, recorren a nuestro lado las calles toledanas en las noches de luna, en las noches de niebla, en las noches de lluvia, siempre llenas de soledad y de silencio de muchos siglos, y nos prestan su brazo rudo e hidalgo para apoyarnos si desmayamos ante las sombras de la noche, y nos ceden su colosal espada de acero toledano, genial e invencible en toda lucha noble, grácil y limpia como un rayo de luz. Así deambularíamos hasta dar con el famoso cobertizo de Santo Domingo el Real, en cuyo convento dejó mucho un apasionado rey de Castilla, Pedro el Cruel, haciendo brotar de su amor la más rica penitencia en doña Teresa de Ayala, que llegó a ser priora y está enterrada en el coro junto a los hijos del monarca, los infantes don Sancho y don Diego. Allí evocaríamos a Gustavo Adolfo Bécquer, el más grande valorizador del movimiento romántico toledano, tan vinculado a nuestra ciudad. Y es la plaza de Santo Domingo el Real, el lugar que fué predilecto y escogido para sus lucubraciones poéticas, donde se pierde el mundo de la naturaleza en todo su aspecto humano para trasladarnos al espíritu mismo.

No debe sorprendernos nada. Toledo es como una huella incandescente que ha saltado al universo con sus alas imperiales, y ha sido cantado por todos los poetas y descrito por las más autorizadas plumas del mundo.

Si una vez nos encontramos un grupo de mozas y mozos danzando, son los pueblos de la provincia que vienen a visitarnos y nos regalan con unas romerías



«Ciudad del Tajo Amado»

jareñas, rondeñas o seguidillas, y nos ofrecen su rico vestido lagarterano, serrano o manchego, que es el mejor obsequio de su encanto popular. Esto ya lo vemos en todo su color en las grandes solemnidades, y, sobre un ambiente especial, en la festividad del Corpus Christi, cuyo acontecimiento anual es un libro que no se acaba nunca y del que se han llenado tantas y tantas páginas.

No cabe duda de que el Greco interpretó de una manera magistral y única la fisionomía de Toledo e incluso de sus naturales, que en el fondo llevan el aire de sus pinceles, aunque me asusta un poco la idea de Manuel Gómez Moreno, que dice en su artículo publicado en la Guía Oficial, edición de 1928, página 29: «Permíteme aventurar un cortejo: ponte en el Museo del Greco, ante su apostolado; si eres sensible, tras de la sorpresa irán entrándosete aquellos tipos extraordinarios, de alucinados, de locos».

Nadie es capaz de contener la imaginación, que busca la verdad, y se afana, naturalmente, luchando por su causa noble, pero hay algo especial y evidente que caracteriza a Toledo y que parece escaparse del común sentir de los hombres. Lo mismo que ocurre con sus fuentes originales, que aún no hemos sido capaces de hallarlas, y que la fuerza imaginativa las remonta a 2.130 años antes de la Era Cristiana. Tiempo y tiempo se ha acumulado sobre la antigua Tolaitola dejándonos mudos, estáticos.

Y después de todos aquellos siglos, Toledo se hizo imperio. Y Carlos V trae la cultura y el arte del Renacimiento. Y nació un poeta, prototipo del noble de esta época, que se llamó Garcilaso de la Vega, de cuya

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

casa salariega sólo quedan los muros ruinosos en la escondida calle de Santo Domingo el Antiguo, nombre de la iglesia para la que el Greco pintó sus primeros cuadros a su llegada a la Imperial Ciudad, allá por el año 1577. Su lírica es la lírica española, y sin él tal vez no fuera posible un exacto estudio de la poesía nacional. Al lado del Emperador, era el soldado honrado, leal; y después de ganar una batalla, Garcilaso componía un soneto de amor. Era su estrategia poética dirimir sus cuestiones con el corazón y la espada, y su último poema lo escribió con la propia muerte cuando luchaba por la razón en la histórica fecha del asalto de la torre de Fréjus. Los toledanos no lo podemos olvidar, y él lo sabía mucho antes de morir, porque en un arrebato de sinceridad lo declaró por boca del pastor Albanio en su «Ciudad del Tajo Amado»:

«Este descanso llevaré aunque muera,
que cada día cantaréis mi muerte
vosotros, los del Tajo, en su ribera».

Evidentemente, el río guarda este maravilloso secreto de los toledanos, que de vez en vez, y en las horas más insospechadas, bajan hasta sus verdes orillas a sentir con el poeta las heroicas batallas del espíritu y a contemplar el espectáculo de ias blancas ninfas que emergen de las aguas en las noches de luna. Todo ello conserva el perfume legendario, y hasta las piedras milenarias de la ciudad de los grandes concilios tienen el encanto del tiempo, que hizo exclamar al escritor francés «que no hay persona en el mundo que haya pisado Toledo sin que algo de su polvo le salpicara hasta el alma», en una madrugada del Viernes Santo ante el paso imponente de la procesión del Silencio por estas calles, que más bien parecen extrañas y misteriosas veredas ceñidas a la imperial montaña.

Y si esto dijo un corazón francés súbitamente impresionado, qué no vamos a decir nosotros, que vivimos segundo a segundo el vaho de su mismo vivir, que el tomillo y el romero de los cerros de la Virgen del Valle nos rozan en nuestra propia carne y que la gótica catedral, empinada hasta su torre, nos eleva por su mágico sueño.

Cuando Cervantes escribía su «Ilustre fregona», decía, para mostrarnos a la muchacha: «Bajando por la sangre de Cristo está...» Aludía, sin duda, al Cristo de la Sangre, que actualmente sigue protegiendo nuestra plaza de Zocodover. Y yo añado: Sí, está, tan clara y transparente en todas las sonrisas toledanas, como una flor eterna que Dios mismo cultiva para mantener el maravilloso contraste con la más vieja ciudad de España.

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

II Exposición del Grupo Artístico del Frente de Juventudes

Como en el pasado Corpus, una cosa nos agradó sobremanera en esta Feria 1956. La II Exposición al aire libre del grupo artístico del Frente de Juventudes. Los rincones elegidos, Santo Domingo el Real ayer y ahora el patio interior de Visagra, el entusiasmo, el aire y un cielo con estrellas como salón, nos desintoxicó de tanta cosa vieja y amañada como vimos fuera de allí. Y es que allí precisamente estaba la Juventud.

Al Frente de Juventudes, a sus organizadores y a Antonio Maeso Martín (estupendo «Retiro» y «Puente de Alcántara»), Luciano Sánchez García, Manuel Santiago Ludeña, Angel Lanchas Jiménez, Justiniano Calderón y Angel de Castro, que fueron los expositores, a todos, nuestra enhorabuena.

Referencias y Noticias

PRIMER CONCIERTO.— Con motivo de presentar oficialmente por primera vez ante el público de Toledo a la nueva Banda de Música del Patronato de Fomento Musical, el Excmo. Señor Alcalde - Presidente pronunció unas palabras en las que agradecía la ayuda, apoyo y entusiasmo que había recibido de cuantos organismos hacían posible tal logro.

Citó a la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Sociedad «Arte», Centro de Artistas e Industriales (Casino) y Asociación «ESTILO».

Agradecemos en nombre de todos nuestros asociados la deferencia de la mención y reiteramos nuestro entusiasmo hacia el naciente Patronato Musical.

* * *

III Bienal Internacional de Poesía.— Ha sido invitado a participar en la III Bienal Internacional de Poesía que se celebrará en Bélgica, nuestro querido amigo, colaborador y asociado, Juan Antonio Villacañas.

Ante su posible intervención en el citado Certamen, sólo deseamos al buen poeta toledano toda clase de éxitos y parabienes.

* * *

El Director Julián Torremocha ha adquirido el Guión cinematográfico «Sangre en la luz», del que es autor nuestro querido colaborador y poeta don Luis Serrano Vivar.

Junta General de la Asociación de Artistas Toledanos "Estilo"

En el próximo pasado mes de Julio, se celebró, en el Salón de Mesa, la convocada Junta General Ordinaria

En ella, entre otros asuntos conforme a la orden del día, se dió lectura por el Secretario 1.º, Sr. González, a la Memoria correspondiente al año 1955.

Se vió el estado actual de cuentas que registran un satisfactorio balance. A continuación se propusieron varios asuntos que quedaron pendientes de resolución, cosa que se hará en próximas convocatorias.

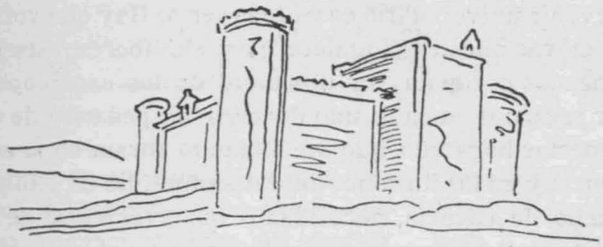
Después, cumpliendo lo estatuído en el Reglamento, se procedió a la renovación parcial de cargos; celebrado éste, la nueva Junta Directiva, quedó constituida de la siguiente manera:

Presidente, D. Enrique Vera Sales.— *Vicepresidente,* D. Guillermo Téllez González.—*Secretario 1.º,* D. Fernando Manzanares Espinosa.--*Secretario 2.º,* D. Clemente Palencia Flores.—*Tesorero Contador,* D. Juan Antonio Villacañas.— *Vocales,* D. Emilio Castaños Fernández, D. Manuel Casteleiro Fontán, D. Victoriano Condado Paz, D. Fernando Espejo García y D. Francioco Zarco Moreno.

En ruegos y preguntas, se sugirieron algunas ideas e intenciones que fueron atendidas y contestadas.

Sin otra cosa, y después de un breve intercambio de impresiones, se levantó la sesión.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.



A Camille Cianfarra no le gustaba España

Camille Cianfarra ha muerto entre el acero retorcido de un barco cuando regresaba a Norteamérica a pasar unas vacaciones.

Un barco, el «Andrea Doria», que navegaba alegre, orgulloso y confiado en su belleza y técnica.

Cianfarra, americano de origen italiano, iba *a Norteamérica de vacaciones, cuando precisamente tantos americanos vienen a España por el mismo motivo, y esto quiere decir que Cianfarra y su familia* vivían *en España.*

Una España que, cuando Cianfarra llegó en el año 1951, no se recataba en decir que no le gustaba.

Le conocí en Madrid en una noche de esas en las que un grupo de extranjeros y españoles hablan y opinan sobre todo lo humano y divino mientras beben unas cuantas botellas de manzanilla.

Aquí, en España, en esas noches, no pasa nada, y por eso precisamente se habla tanto. Por eso también comprendemos que ciertos ciudadanos de otras democracias *aprovechen y se desquiten con gusto de las alegres limitaciones que les otorga su libertad.*

A Cianfarra no le gustaba España y lo decía como corresponsal que era del New York Times, *en Madrid.*

Después conoció las otras Españas, *porque Españas bonitas y buenas hay muchas, y se fué olvidando de aquella otra única España fea y negra que* inteligentemente le habían enseñado los de fuera y desde fuera.

Cianfarra ya decía en el 54, y en esas noches de manzanilla y madrugadas sedientas, que a él no le gustaban algunas cosas de España.

Cianfarra, me dije, ya es nuestro Por eso ha muerto cuando buscaba vacaciones y viajaba hacia otras tierras. Las suyas *las acababa de adquirir en Palamós.*

Creemos que a Camille Cianfarra no le gustaba la misma España que no nos gusta a nosotros, la misma que no le gustaba a aquel poeta de las estrellas y de la cara al sol; la misma que por amarla tanto en todo lo demás, nos revolcamos de rabia al comprobar que no es perfecta y quisiéramos hacerla así en un solo día.

Cianfarra ha muerto cerca de Norteamérica, pero lejos de su casa, *porque Camille Cianfarra iba a vivir para siempre en un hogar que edificaría sobre un terreno cerca de Palamós. Allí, junto al mar de una costa brava y española, ha dejado prácticamente vacío su hogar un corresponsal extranjero.*

En Palamós, y muy cerca, iba a tener como vecina a Madeleine Carroll, otra amantísima convertida, *y por tanto siempre vociferante mujer en contra y en favor de todo lo suyo. Y lo suyo ya era hace tiempo España.*

Madeleine Carroll, aquella deliciosa Madeleine de «39 escalones» y «Virginia», que vino a España en 1935, que pasó una temporada en el Hotel Mediterráneo de Calella de Palafrugell y que se quedó para siempre en esa su casa que nombra en catalán «Castell» y llama por su patronímico «Magadalena», donde no hace aún quince días descansaba de sus intoxicaciones (?) la honorable embajadora Clara Booth Luce.

España no nos gusta, podríamos decir muy bien todos aquellos que mucho la amamos, porque la querríamos perfecta, pero a la hora de la verdad *bien sabemos, cuando la muerte ronda y una motonave se hunde, que una de las pocas maneras que hay de salvarse es o bien rezando o bien pidiendo auxilio en español, como esa hija política de Cianfarra que educada en este idioma y en esa creencia, no dudó que al gritar en el idioma de veinte naciones, siempre habría, como al grito de ¡A mí la Legión!, un marinero gaditano, aunque éste fuera tripulante de un barco sueco (raras cosas de la vida), que acudiría a su lado para salvarla o perecer.*

A Camille Cianfarra no le gustaba España, pero con una botella de manzanilla en la mano, yo sabía desde aquella noche madrileña que lo que le pasaba a Camille era que la amaba en demasía y la quería bella y hermosa.

Camille Cianfarra ha muerto a bordo del «Andrea Doria», por eso su muerte la hemos comentado y sentido todos sus queridos intransigentes.

R. B. F.

EL "OFICIO" DE ESTUDIAR

Hoy, a pesar de estar tan en boga la palabra productor, aún no la he oído aplicada al individuo que estudia. Y es raro, porque si se llama productor a un albañil o a un labrador que utilizan las manos como instrumento, no hay razón para no aplicarle este simpático apelativo al estudiante, o mejor al estudioso, que por cierto no son la misma cosa, que utiliza su cerebro como instrumento laboral. Y es que en realidad el estudiar no produce nada, aparte de muchos, muchísimos malos ratos.

Cuando oígo a los doctos y severos señores hablar de «aquellos felices y gozosos días de la niñez», me sube un escalofrío desde las corvas a la nuca sólo de de recordar mi «feliz y gozosa niñez». No, no me gustaría volver a ella (por ahora). Y no es que haya sufrido reveses verdaderamente dolorosos, y aunque así fueran no son del caso, sino simplemente las vicisitu-

des y preocupaciones que corresponden a cualquier niño que, a los diez años, oyera decir: «¡Hijo mío, tu oficio en esta vida va a ser estudiar!»

Y si se añade a esto que el niño, tonto él, se toma la cosa en serio, comienza el calvario. ¡Cómo se agigantan los pequeños problemas en una mente de diez a quince años! ¡Un cero! Dios mío, un cero. Recuerdo la horrible huella que dejaron en mí estos terribles óvalos. Si me durmiese alguna vez un psiquiatra, con qué facilidad brotarían en la película turbia de mi subsconsciente: aquella autoritaria voz mandándote callar, hiriendo lo más sensible de la incipiente vanidad del hombrecito; aquel estirado dedo implacable que poco a poco se me iba aproximando a través de cerebros vaciados y miradas asustadas, señalándonos con el ritmo acompasado de «usted tampoco lo sabe; otro». Aquellos terribles segundos antes de que el profesor, de rostro inescrutable, leyera las notas del pasado examen...

¡Los exámenes! Ahí es nada. Todo un año llenando el cerebro de noticias y al final sólo había que con-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

testar unas preguntas. Con qué maquiavélico deseo pensaba: «mira que si pudiese adivinar por telepatía lo que piensa preguntarme este buen señor». Pero quiá. Era al revés; siempre adivinaba él lo que no sabíamos nosotros.

Es claro, me parecía, que estas inquietudes del Bachillerato se acaban con la Reválida. Supremo mazazo en la dolorida cabeza del adolescente, que a modo de espaldarazo parecía decirle: fin de la primera parte.

Pero lo cierto es que no se acababa aquí, ni mucho menos, la zozobra. Es verdad que el ser bachiller suele dar algunas satisfacciones. Los pantalones largos y todas sus consecuencias anejas, animan un poco el abatido cerebro, y las ilusiones de entrar en el gremio universitario suelen mitigar en parte las rabietas y malos ratos pasados.

Pero entonces surge la «tragedia». Al implacable «amor propio», ciego e instintivo motor de los esfuerzos del bachiller, le aparece un sustituto, consciente y aún más agobiante: la conciencia de la responsabilidad. Ya no se estudia para saber más que Pepito Gutiérrez, el «enchufado». Ya no. El ánimo se ha serenado y no deja huella en nosotros aquel enfermizo amor propio que nos llevaba con la lengua fuera detrás de las Guerras Púnicas o del cuadrado del lado opuesto a un ángulo agudo.

Al terminar la Reválida, ya casi ha quedado definida la personalidad del hasta entonces niño. Pensábamos: bueno, ahora solo estudiaré lo que quiera. Mis aficiones. Y además sin agobios, sin zozobras, sin opresiones. Que te crees tú eso, debió pensar ese duende enredador que va marcando a capricho nuestro destino. Como tú no eres millonario, si quieres hacer una carrera larga, tendrás que hacer antes otra corta que te ayude a soportar la primera. Y he aquí el primer tropiezo que comenzará a desviarte del hipotético rumbo por tí elegido.

En resumen: que si tú querías ser médico, a poco que te descuides estás estudiando Matemáticas.

Admiro profundamente a esos hombres como Kepler, Goethe y, en nuestro tiempo, Baroja, y seguramente tantos otros que supieron a tiempo emanciparse del duendecillo que les había llevado por el camino contrario a sus aficiones, aun después de haberle seguido durante años. Les admiro porque es difícil hacer esta ruptura con el destino por dos principales razones. Primera, porque corre uno el peligro de dejar un camino ya conocido para buscar otro más sugestivo para nosotros y encontrarse al cabo de unos años desorientado y confuso para el resto de nuestra vida. Y segunda, porque cualquier camino profesional es bueno si se bucea en él con ahinco, y además «en cualquier esfera del saber se puede llegar a encontrar belleza con tal de que se profundice lo suficiente», como un día dijera Newtón, y por ello a veces la profesión que se tomó a disgusto llega a ser fuente de satisfacciones en nuestra vida.

Pero salvemos este paréntesis que nos ha apartado del tema. Decía, pues, que la resolución de nuestro porvenir universitario es ya más serio. Hay que volver a renovar nuestras inquietudes y sinsabores, esta vez aguzados por la mayor dificultad de los exámenes, y por jugarnos en cada uno de ellos un pedacito de ese bienestar hogareño que va tomando forma en la conciencia y en las ilusiones del estudiante. Se ha hablado mucho de eficacia, necesidad o inconveniencia de los exámenes; no escarbaré en las raíces del problema, bastante peliagudo por cierto. Pero sí, como sujeto que he sido de él, podré afirmar que hasta ahora los peores ratos de mi vida los he pasado examinándome. Tal vez sea una apreciación puramente personal, aunque lo dudo, pues he contemplado demasiadas ojeras y pálidos semblantes, demasiados casos de balbuciente mudez en individuos habitualmente dicharacheros, y excesivas miradas de angustia en jóvenes más valientes que el Cid, para creer que solo soy yo el que lo pasa mal. Es natural que hay quien no lo pasa mal: el que no estudia ni le importa; pero cuanto digo no va con ellos. A veces pienso que este oficio de estudiar, que muchos creen de vida muelle, sólo les convendría seguirle a los que no pueden coger otro. Pero son tonterías. Dejémoslas.

El caso es que al cabo de varios años de quemar muchas horas desentrañando complejas ecuaciones unos, y otros sobrecargando su saturada memoria con espesos temas interminables, se llega al final de la carrera. ¡Se han pasado catorce años aprendiendo el oficio!

Alguien pensará que con catorce años de oficio, uno será ya «un productor» en la sociedad. Pues no, señor. El estudiante no produce aún absolutamente nada; le faltan aún unos cinco años de codazos para poder introducir su malparada cabeza en algún huequecito que aún quedaba sin dueño.

Y después de todo esto, con sus buenos treinta y muchos años, y algunos con una frente que le llega a los talones, es cuando le llega al no tan joven estudiante el turno de eso que se llama matrimonio y de esas otras cosas que se suelen llamar «les plaisirs de vivre»; eso si no ha quedado el estudioso tan gastado que sólo le apetecen sopitas calentitas y una buena cama.

No quiero excederme en mis visiones cenicientas de la vida dedicada al trabajo intelectual, ni sobrecargar las tintas en su dificultad y aridez en relación con otros «oficios», pero sí es mi deseo dar un leve mentís a esos seres poco dados a situarse en el plano de su interlocutor, que con displicente sonrisa, a menudo les oímos exclamar: «¡Buena vida la de los estudiantes...!», y decirles que, al menos, completen la frase añadiendo «... que no estudian».

Y quiero terminar diciendo que también el estudiar tiene sus satisfacciones, y no pequeñas. ¿Hay acaso mayor momento de felicidad que el de echarse boca arriba en una bien mullida tumbona, después de un agotador examen, y pasarse varias horas dejando que piense nuestro ya liberado entendimiento cuantas tonterías se le antojen?

GONZALO PAYO SUBIZA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956

SANTANDER

Santander tiene un algo que la diferencia del resto de las capitales españolas. Las santanderinas, por ejemplo, son rubias en su mayoría, de tipo fino y esbelto sin llegar a la delgadez.

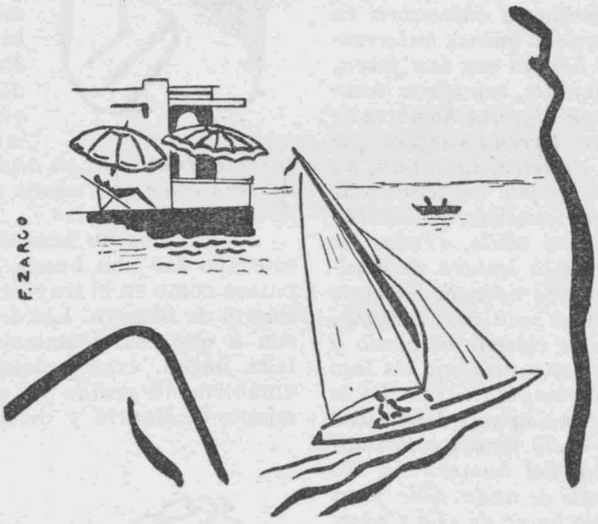
Todo es lineal y exacto: las playas, la montaña, la ciudad nueva, sus mujeres. El mar rompe esta línea con su estampa de altiva fiereza, de espíritu independiente, montañés. El santanderino es andariego, tenaz; parece como si tuviera sed de altura, de nuevos cielos.

Santander tiene varias playas. El Sardinero y la Magdalena son las más importantes. La primera, es amplia, sin rocas, popular. La segunda, íntima, apartada, con un no sí es aristocrático.

Frente a Santander están Pedreña y Somo. A los dos pueblecitos, encaramados en la montaña, sobre el mar, se llega desde Santander en pequeños barcos de servicio regular. Uno de estos barcos tiene un nombre curioso: «Los Diez Hermanos». Entre la cubierta, rodeada por un largo banco, y los asientos de lo que pudiéramos denominar bodega, se llega a una cabida total de doscientas diez personas. El piloto, experto conocedor de la bahía, sortea con gran pericia los bancos de arena que la marea baja deja al descubierto.

Cuando llueve, Santander se va calando poco a poco. La lluvia cae lenta, menuda. La gente no hace caso del agua que cae; al cabo de una hora, casi sin notarlo, el agua llega hasta la carne, penetra en el hueso. Cuando el sol, al fin, rompe la apretada línea de nubes, Santander refleja el cielo en sus tejados.

Metiéndose por la montaña, a pie, conociendo, gustando paso a paso el sabor de la tierra, entre huertos, se llega a La Maruca. La Maruca está junto al mar. Las olas baten con fuerza las rocas. El agua, al romper, provoca un trueno de blanca espuma. La naturaleza, aquí, está en continua guerra. Dicen que el mar en invierno llega hasta las casas y amenaza inundarlo todo con su temible fuerza.



Contemplando este mar terrible, lloro, con el poeta Alberti, «por mis marecitas del Sur». Los mares del Sur tienen un algo afeminado si se les compara con el mar del Norte. Los marineros aquí están más hechos, más duros para la lucha. En Andalucía, los marineros cantan fandangos y alegrías. En Santander los hombres de mar cantan con voz fuerte, casi agria, si se me apura un poco. Hay más luz en el Sur, más alegría.

En el Palacio de La Magdalena, situado en la península del mismo nombre, y en la sala de música, donde está el piano, hay dos cuadros de Sorolla. La reina Victoria, mitad inglesa, mitad española, y unas barcas. Parece como si Santander se hubiera comido la luz que Sorolla imprimía en todos sus cuadros. La reina Victoria no tiene nada de Sorolla, salvo, quizá, lo luminoso de la blanca falda; lo demás es obligado, de Real Orden.

Recordando la danza del Cuevanuco, interpretada por los Coros y Danzas de la Sección Femenina de Santander, vuelvo a pensar en la mujer santanderina. La danza del Cuevanuco es ingenua, tímida; las muchachas, al bailar, bajan los ojos, acortan el paso haciéndolo minúsculo, casi niño. La mujer de Santander, muy a menudo, cuando escucha a un hombre, baja los ojos, sonríe. «El Baile de Ibio», por el contrario, interpretado por hombres y mujeres, es agreste, rápido. Con el solo acompañamiento de un tamboril y una caracola de mar, los ejecutantes de la danza componen grupos rematados por jabalinas y espadas. Entre los dos, prefiero la delicia de la danza del Cuevanuco.

Castilla la Nueva es más igual, más agrupada en sus distintas provincias que la Vieja. Burgos no es Santander; Valladolid y todas las restantes, tampoco. A la Nueva, la hermana La Mancha; a la Vieja, la diferencia el mar de la tierra seca, la montaña del llano. Santander es una Castilla que se escapó hacia el mar mientras el resto se conformó con su eterno paisaje. El aire en Santander es limpio, nuevo, como de mar y monte al mismo tiempo.

ANGEL RODRÍGUEZ-VALDÉS

NOTAS Y ACTIVIDADES DIVERSAS

Viaje.—*Nuestro Presidente, don Enrique Vera Sales, como concejal del Excmo. Ayuntamiento, en representación de éste y en unión de los señores Arija y Partearrayo, miembros de la ya citada Corporación, han permanecido unos días en Bilbao con motivo de la puesta en marcha de la motonave «Ciudad de Toledo», que con un magno Muestrario-Exposición visitará la casi totalidad de las naciones de Hispanoamérica.*

Excursión.—*El pasado día 25 de Julio, efectuó nuestra Asociación una agradable jira, a la que concurrieron numerosas personas. Se visitó el Real Sitio de la Granja de San Ildefonso y el Monasterio del Paular. Un día agradable, que se terminó con grata complacencia y recuerdo.*

Cena-baile.—*Organizada por nuestra Asociación ESTILO, se celebró el pasado día 11 de Agosto, en un famoso Jardín-Restaurante, una animada cena-baile que resultó muy concurrida.*

Segundo aniversario.—*El pasado día 14 de Julio se cumplió el segundo aniversario de la muerte del insigne dramaturgo español, Premio Nóbel de Literatura, don Jacinto Benavente. Por el inmenso vacío que representa en las letras españolas, vacío aún sin llenar, y por el pesar que nos causó su muerte, es por lo que le recordamos hoy, como siempre, consolados y seguros por la obra que realizó y nos legó, tristes por su desaparición de entre nosotros. Descanse en paz.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

De Aquí y de Allí

Una gracia que no lo es...

De una época a esta parte un amplio sector de prensa comenta con disgusto las orientaciones que va tomando últimamente el semanario «La Codorniz». Sin entrar ni salir en la cuestión, nos limitamos a señalar, como prueba de esa tendencia, un párrafo de la revista «PAX», números 85-86.

«La Codorniz», que tuvo una brillante antecesora en «La Ametralladora», acaba de celebrar su quince aniversario. Lástima que esta «Codorniz» de hoy no sea tan joven, tan audaz, tan original, tan extravagante, tan eficaz como la «Codorniz» de antaño. El humor de algunos hombres de este grupo ha ido derivando hacia un terreno «negro» que lo ha convertido en malhumor. El director, Laiglesia, ha encaminado sus actividades novelísticas por un terreno de repugnancias físicas, de violencias anatómicas, de detallismos puramente fisiológicos —su último título, «Todos los ombligos son redondos»— que convierte la lectura de cualquiera de sus páginas en una auténtica náusea. Sabemos que el humor español ha sido siempre una raíz trágica, como todo humor latino; pero esto de colocar al alado y humorístico pájaro que la «Codorniz» es un cintajo de luto del que cuelgan pedazos de carne corrompida... esto no es humor. Tampoco cumple ninguna función social ni eleva moralmente a nadie. Tampoco sirve como forma cotidiana de la caridad, función fundamental del humor. No. No sirve. No sirve de nada. Absolutamente de nada. Sólo para atentar contra la higiene mental. Sólo hacer de «La Codorniz» —de su grupo, de lo que es, de lo que representa— un ave de mal agüero.

Sólo añadiremos que a esta clase de humor pertenecen dos títulos que se olvidó citar la revista «PAX»: «Dios le ampare, imbécil» y «Sólo se mueren los tontos».

"Del REAL de la Feria"

En su sección «En todas partes cuecen habas», el semanario «Don José» comenta en sa número 46:

«Suscita unánimes elogios la actividad que al frente de la Comisión de Festejos desarrolla el dinámico y emprendedor concejal don Jenaro Ruiz, que ni se duerme sobre los laureles ni sobre los premios conquistados en buena lid en el certamen de balcones floridos. Gracias a la prodigiosa actividad del señor Ruiz, el público sabe con quince días de anticipación, por lo menos, que los festejos se celebrarán en las mismas fechas y con las mismas características que en años anteriores. Pero con la novedad del tecnicolor que ahora se lleva mucho. Iluminación del ferial en colorines...»

No estamos de acuerdo con «Don José». La novedad este año fué una buena iluminación, tanto en jardines y paseos como en el trayecto Zocodover-Paseo de Merchán y Puerta de Bisagra. Las deficiencias, si las hubo, se debieron a que esas instalaciones, precisamente las que más falta hacen, eran *provisionales*, ya que el material fué amablemente *cedido* por el Sr. Lillo, concejal del Ayuntamiento de Madrid y delegado del servicio de alumbrado.

* * *

De la corrida no queremos ni hablar. Hemos leído lo de Málaga y para qué... Aquí la diversión parece ser que fué a costa del público.

A última hora se quería contratar como payasos de una charlotada a los mismos toledanos.

A Ordóñez le dolía un oído.

Un nuevo libro

Angel Palomino, acaba de publicar un libro, número uno de la editorial que él dirige, con el extraño título de «La luna no se llama Pérez». Se trata naturalmente de un libro de humor, pero de un humor personal y a veces difícil.

Todo lo contrario, por tanto, de lo que podía haber sido fácil, redondo, chabacanería y sal gorda, pecado muy común en todos aquéllos que buscan la «gracia» en la deformación que a veces con ojos guasones y mal intencionados, se encuentra en la serenidad de la obra ajena. En este caso podía haber sido víctima propiciatoria la poesía de García Lorca.

Angel Palomino, sale airoso de este trance, por lo que nos congratulamos al tratarse de un colaborador nuestro y de un toledano.

¿Será VERDAD tanto "Greco"?

En un sólo mes surgieron:

«En Orgaz se vende un cuadro del Greco, debido a las dificultades económicas que existen para restaurar la iglesia de Orgaz, y su posible solución con la venta del boceto del cuadro denominado «El Expolio».

«La Estafeta Literaria», núm. 55.

?

«Mont-Sur-Rolle. (Suiza) 4. Se ha descubierto en esta ciudad un desconocido cuadro del Greco en el que se ve un Cristo coronado de espinas. El cuadro ha sido valorado en 46.000 dólares (1.840.000 pesetas).

El propietario del cuadro, Jhon Blondel, un acaudalado cosechero de vino, compró éste, hace solamente unas semanas, al precio de 800 dólares (32.000 pesetas), en una galería de Lucerna (Suiza).

El lienzo, sin firma y sin catalogar, le impresionó tanto que decidió llamar al profesor Amadore Porcella, catedrático de Historia de Arte en la Universidad pontificia de Roma y jefe encargado de las colecciones del Vaticano que, en aquel momento, estaba realizando una jira para catalogar algunos antiguos óleos italianos.

El profesor, después de un detenido examen, facilitó una declaración jurada en la que se afirma que el cuadro es original del Greco y perteneciente al período comprendido entre los años 1580 y 1590. El lienzo mide 48 × 55 centímetros». EFE.

?

El día menos pensado puede ser vendido en Toledo otro presunto Greco.

¿Será *verdad* tanto Greco y tanta venta?

?

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 7/1956.